

Primer Coloquio Internacional de Primavera

La humanidad amenazada: ¿quién se hace cargo del futuro?

Script de la transcripción de los diálogos

Día 1: Pensar el Futuro

Facultad de Filosofía y Letras

Lunes 24 de abril del 2023

Morant Consultores

Presentación del coloquio: Dr. Eduardo Robledo Rincón

La Universidad Nacional Autónoma de México les da la más cordial bienvenida al primer coloquio internacional, La Humanidad amenazada, quien se hace cargo del futuro.

Presiden este acto con la representación del doctor Enrique Graue Wiechers, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, la doctora Guadalupe Valencia García, coordinadora de Humanidades de la UNAM, el doctor Eduardo Robledo Rincón, coordinador del programa universitario de gobierno de la UNAM, la doctora Marie Frances Rodríguez, directora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, el doctor Ramón Ramos Torre, conferencista magistral Pensar el Futuro, el doctor Raúl Contreras Bustamante, director de la Facultad de Derecho de la UNAM, la doctora Carola García Calderón, directora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, y el doctor Manuel Martínez Justo, director de la Facultad de Estudios Superiores, Acatlán.

Damos la más cordial bienvenida a integrantes de la Junta de Patronos y de Gobierno, a autoridades universitarias, a las universidades integrantes de la ANUIES y a sus invitados, a investigadores, académicos y alumnos, así como a quienes a través de la plataforma Zoom hoy nos acompañan. Señoras y señores, sean todas y todos ustedes bienvenidos.

Presentación de los ponentes: Dr. Eduardo Robledo Rincón

Muy buenos días a todas, muy buenos días a todos. Esta mañana nos da enorme gusto poder saludarles en esta reunión.

En primer lugar, permítame agradecerle a la coordinadora de Humanidades de la UNAM; a las directoras, a los directores de las facultades de nuestra institución; al ponente del día de hoy, al maestro Ramón; a los integrantes, a las integrantes del consejo académico y del programa universitario de gobierno, muchas gracias por acompañarnos; al maestro Mario Luis Fuentes, miembro del patronato de la UNAM, y de manera muy especial, permítame reconocer a la ANUIES, a través de la cual este coloquio está presente a lo largo y a lo ancho de la república, desde Chiapas hasta Baja California, con 10 sedes en donde se transmitirá el coloquio de manera virtual. Agradezco, también, la presencia del doctor Gustavo Cruz, director general de vinculación institucional en representación del doctor Luis Armando González Placencia, secretario general de la ANUIES. Muchas gracias.

En 1971, Herbert Simon, científico norteamericano, pionero en modelos matemáticos para comprender el comportamiento humano, fue invitado a Buenos Aires por la Sociedad Argentina de Organización Industrial para dictar un ciclo de conferencias. Su condición para aceptar dicha invitación fue conocer a Jorge Luis Borges. El encuentro ocurrió en la biblioteca nacional y, ahí, este diálogo... Dice Borges: "Si algún ser poderoso, algún Dios, conociera todo mi pasado, mi infancia, inclusive antes de mi infancia, diría mis antepasados, ¿esto implica que ese Dios podría predecir mi comportamiento frente a cualquier situación?" Simon: "Mis creencias científicas me dicen que es así. Teniendo todos esos conocimientos sobre un individuo, se puede predecir su comportamiento frente a determinada situación." Borges: "Entonces, lo que yo estoy diciendo en este preciso instante es..." Simon: "¡Es una función de todo su pasado!" —lo interrumpió. Borges: "Es inevitable." Simon: "Inevitable, pero esa inevitabilidad no le quita a usted su identidad, su individualidad: usted es la encarnación de su propio pasado." Borges: "Comprendo. O, por lo menos, me plazco en pensar que entiendo."

¿Quién se hace cargo del futuro? ¿Lo que está por venir es inevitable? ¿Comprendemos o nos placemos en pensar que entendemos? Estas y otras preguntas guiarán los próximos cinco días de trabajo.

La complejidad para acercarnos a una respuesta es una labor que solo la Universidad Nacional Autónoma de México puede atreverse a abordar. Desde múltiples disciplinas, desde la complejidad de atar respuestas, intentaremos avanzar hacia un futuro con mejores resultados que los que hemos logrado hasta ahora.

Este coloquio tiene dos puntos de apoyo. El primero es el pasado, un hecho que ocurrió hace 13 años. El segundo sustento está sucediendo en este momento. Empiezo por el segundo. La idea, el apoyo, el entusiasmo del rector Enrique Graue, fue su iniciativa la que unió los saberes y esfuerzos de las cinco facultades aquí presentes, la Coordinación de humanidades y las directoras y los directores de Filosofía y Letras, de Derecho, de Acatlán, de Economía y de Ciencias Políticas. El otro punto de apoyo, el del pasado, fue en 2010 en San Sebastián, donde Daniel Innerarity y Javier Solana se hicieron las mismas preguntas: ¿Vivimos en una sociedad en la que el futuro es algo amenazante, en peligro, que debe ser protegido? Y si es así, ¿protegido de qué, por quién, de qué modo? Hoy, Innerarity nos acompañará a la distancia, pero cercano en la emoción.

Cinco días y una posibilidad de reflexionar junto con 36 participantes de 10 países, así como ponentes nacionales, para intentar en medio de esta crisis mundial responder una pregunta: ¿Quién se hace cargo del futuro?

Durante el proceso de registro, los 1,523 presentes y otros a distancia en universidades integrantes de la ANUIES contestaron una encuesta. Los principales resultados se los comparto brevemente.

Los asistentes, los 1,523 participantes, se preguntan cómo enfrentar los desafíos y problemas actuales y futuros, incluidos el cambio climático, la desigualdad económica y social, la educación, la violencia de género y la corrupción. También buscan entender cómo las tendencias tecnológicas y la inteligencia artificial pueden impactar en el empleo y la calidad de vida. En cuanto a las emociones, estas preguntas sugieren que las personas pueden estar experimentando cierta preocupación, ansiedad o inseguridad sobre el futuro, así como un deseo de cambio y de encontrar soluciones efectivas a los problemas que enfrenta la humanidad. Las expectativas de los registrados en el Coloquio parecen incluir la búsqueda de respuestas, orientación y propuestas concretas para abordar los desafíos que enfrentamos como sociedad. En general, las preguntas demuestran un interés activo en comprender y abordar los problemas más apremiantes que afectan a la humanidad y al planeta.

Finalmente, el doctor Daniel Innerarity, como coorganizador, hace referencia a nuestro primer encuentro académico de la manera siguiente. El primer Coloquio Internacional de Primavera, organizado por la Universidad Nacional Autónoma de México en 2023, pretende continuar, dice Innerarity, aquella reflexión preguntándose quién se hace cargo del futuro en una sociedad compleja que no está amenazada por una o varias crisis, sino configurada ella misma de una manera crítica. Este panorama contrasta con el cortoplacismo de nuestras instituciones de gobierno insuficientemente interesadas en explorar ese futuro y cuya previsión puede ser un gran instrumento de renovación de la política.

Quizás sus detractores atribuyen a Borges poemas y frases que nunca dijo, como aquella que decía, “el futuro no es lo que va a pasar, sino lo que vamos a hacer”. En 1971, muchos habrían apostado porque Borges ganaría el Nobel de Literatura, cosa que nunca ocurrió. Y pocos habrían creído que en 1979 un politólogo como Herbert Simon ganaría el premio Nobel de Matemáticas. Si no podemos hacernos cargo de los premios, hagámonos cargo del futuro.

Muchas gracias.

Moderador

Saludemos la presencia del maestro Tomás Humberto Rubio Pérez, director de la Facultad de Contaduría y Administración de la UNAM.

Daniel Innerarity

Buenos días a todos y a todas. Como ha recordado mi amigo y colega Eduardo Robledo, en el año 2020, Javier Solana y yo organizamos en San Sebastián, una conferencia internacional con este título, “La humanidad amenazada, ¿quién se hace cargo del futuro?” Esta conferencia tuvo gran éxito y publicamos estos cuatro libros que aquí enseño en castellano, en portugués, en francés y en inglés.

Y lo más importante es que los acontecimientos posteriores, especialmente la continuación de la crisis económica en aquel momento en pleno apogeo, la pandemia posterior, la crisis climática que no ha dejado de agravarse, confirman la oportunidad de aquella reflexión. Ojalá no hubiéramos tenido razón y ojalá estuviéramos hablando de otras cosas, pero desgraciadamente estamos hablando de asuntos muy similares.

Pues bien, este Congreso Internacional de Primavera organizado por la UNAM pretende continuar precisamente aquella reflexión preguntándose quién se hace cargo del futuro en una sociedad compleja que no está ya amenazada por una o varias crisis, sino que está configurada de una manera crítica, como luego trataré de hacer ver en mi posterior intervención. Este panorama de crisis contrasta con el cortoplacismo de nuestras instituciones de gobierno o su localismo, insuficientemente interesadas en explorar ese futuro cuya previsión puede ser un gran instrumento para la renovación de la política.

He tenido la suerte, el privilegio, de estar en el momento naciente de esta idea, en una primera conversación con Eduardo Robledo, hace ya bastantes meses, y luego en la gestión casi semanal, digamos, de este congreso también con la inestimable ayuda de

Arturo García Torres. Hemos contado en todo momento con el apoyo y el aliento del rector, del secretario general de la UNAM, y lo que es muy importante para nosotros es que los cinco directores y directoras de los centros de humanidades y ciencias sociales se hayan implicado en la organización, corriendo a cargo de cada una de esas instituciones un día específico con una temática específica.

Por un motivo serio, porque, si no, no hubiera dejado de ir a México, no he podido acudir y no puedo estar presencialmente allí con ustedes, lo cual lamento mucho. Supongo que habrá oportunidad de resarcirme de este contratiempo, pero en cualquier caso lo haré de manera telemática después con mi intervención a lo largo del día de hoy.

Quiero expresar aquí mi reconocimiento público a Eduardo Robledo, que ha tenido un gran liderazgo en este proyecto y que ha sido tremendamente amable conmigo al querer compartir conmigo también la responsabilidad de la coorganización de este congreso. Muchísimas gracias a todos y a todas.

Moderador

A continuación, y por videoconferencia, escuchemos las palabras de Tawakkol Karman, Premio Nobel de la Paz 2011, periodista, política y activista de los derechos humanos de las mujeres.

Tawakkol Karman

Hola a todos y todas. Es un gusto estar aquí con todos y todas ustedes. Estoy muy complacida por el hecho de que me hayan invitado, de que me haya invitado a la Universidad Nacional Autónoma de México para participar en esta conferencia tan importante en la que estamos abordando todos los desafíos que amenazan el futuro de la humanidad, de modo que yo quisiera compartir con ustedes mis perspectivas acerca del futuro de la humanidad y los desafíos que enfrentamos el día de hoy en diferentes ámbitos de la vida que son muy importantes y quiero que me escuchen y quisiera escucharlos a ustedes. Juntos y juntas habremos de explorar soluciones y habremos de crear un mañana más brillante para todos y todas.

Con el aumento tan pronunciado en la temperatura global, el cambio climático y los peligros derivados del calentamiento global, vaya, todo ese tipo de problemáticas se convirtieron en las prioridades más altas para conferencias, investigadores, universidades y estudios científicos. Hasta hace algunos años teníamos diversos

desafíos ya a los cuales se han sumado otros desafíos como la pobreza, el desarrollo sostenible, problemas de libertad, democracia, condiciones de la mujer, igualdad y otros desafíos globales.

En los últimos tres años, por otro lado, la agenda global ha cambiado de manera muy importante, sobre todo con la llegada de la pandemia de COVID-19 que surgió como un desafío enorme para todos los países y sociedades. Con su rápida expansión o propagación y su impacto mortal en las vidas humanas, la pandemia también se combinó con la guerra en Ucrania, después de la invasión de Rusia a Ucrania, lo cual exacerbó los desafíos para la humanidad y el futuro de nuestro planeta.

Los riesgos asociados con una guerra nuclear global cada vez han cobrado más prominencia de este tipo de conflictos. La guerra y la tensión entre Rusia y la OTAN, lo mismo que las tensiones cada vez mayores entre China y Taguán, todos estos conflictos se reflejan en la realidad mundial y aumentan la complejidad los conflictos y las tensiones en muchas regiones y países del mundo, de modo que independientemente del prospecto o la posibilidad de este conflicto entre naciones o países poderosos, la invasión rusa a Ucrania ha derivado en peligros adicionales para el mundo.

Vaya, antes de este conflicto ya existía una crisis económica global derivada de una serie de otras crisis que tenían que ver con los ámbitos de la energía, los alimentos y las personas refugiadas que han tenido un impacto en la mayor parte del mundo y en particular Europa y otras naciones.

La situación mundial actual ha conducido, como ya lo dije anteriormente, a un cambio en el orden de las prioridades y desafíos identificados por diferentes entidades, incluidos como ya lo dije, los países, el ámbito de los derechos humanos, las OSC, investigadores y universidades. Esa escalada de conflictos violentos y de guerras han planteado una amenaza muy importante para el futuro humano, el futuro de la humanidad, a la democracia, con resultados potenciales en la forma de una reacción negativa contra estos valores. Por lo tanto, yo voy a descentrarme en los riesgos que amenazan a la libertad, la democracia y los derechos humanos y sé que esta conferencia se habrá de centrar en otros aspectos y ámbitos.

Las discusiones acerca del futuro de la humanidad nos obligan, hoy en día, a contemplar los prospectos o posibilidades para la democracia y los derechos humanos, lo mismo que los avances logrados por lo que conocemos como estados modernos. Esos logros no fueron conquistados fácilmente. Estos avances o logros fueron el resultado de una serie de luchas que duraron por espacio de decenas o incluso cientos de años, durante los cuales las sociedades padecieron injusticia, opresión y tiranías. Se requirieron sacrificios humanos antes de completar esta

transición a lo que conocemos como los estados modernos que protegerán a sus ciudadanos y sus instituciones y que honraran a sus ciudadanos y respetaran su voluntad.

Por otro lado, también tenemos la cuestión de las legislaciones en estos países que se basan en el respeto por los derechos humanos continentales, la justicia, la equidad, la igualdad y el respeto del estado de derecho que trate a todos como iguales. Pero, lo que estamos viendo hoy en día es una vuelta al pasado.

¿Qué podemos esperar? ¿Qué podemos decir acerca del futuro de la democracia y los derechos humanos en un mundo en el que tenemos armas nucleares, desastres naturales, tiranías, fascismo, fascismo y autoritarismo al alza en la mayoría de los países del mundo, incluso en aquellos países que se hacen llamar o se identifican como estados modernos o occidentales o países democráticos?

Uno podría argumentar que la democracia ya no es una prioridad, que la mayoría de las guerras y esos periodos de violencia sencillamente están de vuelta, y que esa lucha está teniendo un lugar y habrá de terminar la naturaleza del mundo y del sistema que habrá de regir durante el resto del siglo XXI, con base en esos desequilibrios de poder, con muertes, armas mortales y ecuaciones complejas que no consideran a la democracia, los derechos, la justicia o la igualdad.

Todo lo anterior, sin embargo, no puede ser una razón o un pretexto para ignorar la democracia y los alcances obtenidos por la humanidad o para no promover los valores de los derechos humanos. Esta reacción negativa, producida por estos conflictos, únicamente aumentará la importancia de la democracia y sus valores resultantes. Esas amenazas del regreso a la edad media únicamente refuerzan nuestra determinación de buscar precisamente esa igualdad con el apoyo de leyes que respeten y consoliden los derechos humanos además de leyes de participación y fiscalización.

Hoy en día, una de las armas más importantes que se pueden utilizar en estas disputas en el mundo es una reconocida ampliamente por académicos que valoran la importancia de la herencia cultural y jurídica que ha amasado la humanidad. El objetivo de esta herencia es que las naciones se basen en principios que salvaguarden los derechos y la libertad individuales, reconociendo las contribuciones de sus ciudadanos con respeto por los seres humanos, lo cual con el tiempo, permite mejorar el bienestar de los ciudadanos con el derecho a la justicia, igualdad, participación y una vida digna.

En este punto quisiera compartir con ustedes una serie de creencias que he expresado incluso antes de la invasión rusa a Ucrania que actualmente está provocando ondas expansivas en el mundo. En ocasiones se cree que el declive de la democracia tiene

que ver en gran medida con polarización y confrontación entre Occidente y países grandes como China, Rusia, Irán y Corea del Norte que comprometen los valores democráticos y los derechos humanos, más bien nosotros creemos que la causa a raíz de este problema no está ahí.

Este problema no solo tiene su origen en las dictaduras que nadie apoya, sino también, y de manera importante, en las políticas del Occidente democrático mismo. En mi opinión, la traición por parte de occidente de la primavera árabe, por ejemplo, y la traición de la democracia en el mundo entero (y lo digo porque todos los países aspiran a ser países democráticos) careció de ese apoyo. Los traicionaron, directa e indirectamente, y es esto lo que sucedió con la primavera árabe. De modo que la traición por parte de Occidente hacia la primavera árabe fue el inicio de esas tendencias globales que llevaron al declive de la democracia y los derechos humanos abanando el camino para todo tipo de conflictos que amenazan contraer a la humanidad de regreso a la Edad Media e incluso destruir la civilización humana y, tristemente, tal vez una guerra nuclear. Cualquier tipo de tendencia que promoviera o buscara la transición democrática tuvo que haber estado presente durante estas protestas en las que las personas buscaban su libertad.

La comunidad internacional debería adoptar estrategias eficaces y serias que garanticen el derecho de las personas, la democracia y los derechos humanos sin favorecer a una nación por encima de otra. Si queremos elegir el tipo de futuro que queremos para nosotros mismos y para la humanidad, es importante asumir una posición al respecto. El futuro de la humanidad debe comenzar con la democracia y esta debe comenzar con la protección de las personas, dándoles la oportunidad de ejercer la democracia y hacer realidad sus derechos y sus libertades.

Muchas gracias.

Moderador

Tiene la palabra la Dra. Guadalupe Valencia García.

Guadalupe Valencia García

Muy buenos días a todas y todos. Antes de comenzar y por sugerencia del Dr. Eduardo Robledo, les pido que nos pongamos todos de pie y guardemos un minuto de silencio por la partida del Dr. Pablo González Casanova la semana pasada. Gracias.

[...]

Es un gran gusto compartir este presidium con el Dr. Eduardo Robledo Rincón, coordinador del Programa Universitario de Gobierno, quien atendió el llamado del rector de la UNAM, Dr. Enrique Graue Wiechers, para convocar a intelectuales de enorme prestigio en los temas que aquí se tratarán.

El doctor Eduardo Robledo supo sumar esfuerzos y complicidades con el secretario general de la UNAM, el Dr. Leonardo Lomelí, y con cinco facultades de nuestra UNAM para hacer posible que hoy estemos aquí para iniciar el Primer Coloquio Internacional La humanidad amenazada, ¿quién se hace cargo del futuro?

Saludo con mucho afecto a las y los directores de las facultades convocantes de la Facultad de Filosofía y Letras, la Dra. Mary Frances Rodríguez; de la Facultad de Derecho, el Dr. Raúl Contreras Bustamante; de la de Contaduría y Administración, el Mtro. Tomás Humberto Rubio; de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, a la Dra. Carola García, y de la Facultad de Estudios Superiores de Acatlán, al Dr. Manuel Martínez Justo.

Nos honran con su presencia, también, el Dr. Mario Luis Fuentes, presidente de la Junta de Patronos de la Universidad, el Dr. Jorge Cadena, integrante de la Junta de Gobierno y secretario general de COMECSO, la Dra. Mónica González Contró, directora de Investigaciones Jurídicas; la Dra. Carla Valverde, coordinadora del posgrado en Ciencias Políticas y Sociales; la Dra. Judit Bokser, excoordinadora del mismo posgrado y directora de la muy prestigiada revista mexicana de Ciencias Políticas y Sociales. También nos acompaña el rector de la Universidad Autónoma del Estado de Chiapas, Carlos Natarén.

Le doy la bienvenida a todas y todos los conferencistas y panelistas que nos acompañarán de manera presencial o por teletransportación, como se usa ahora. Nos acompaña de manera presencial el Dr. Ramón Ramos Torre de la Universidad Complutense de Madrid, un magnífico sociólogo que nos ha regalado obras fundamentales para entender el tiempo, el riesgo, el futuro, el homo tragicus y las narrativas sobre el cambio climático, entre otros temas con análisis ponderados y sin acogerse a las modas en las que el pesimismo apocalíptico nos puede dejar desamparados.

Se trata de un primer coloquio que, al denominarse así, promete no ser el único ni el último y seguramente será apenas el inicio de otras primaveras por venir en las que se analizarán temas tan urgentes como este. El coloquio tiene un antecedente importantísimo en uno anterior celebrado en octubre de 2010 en San Sebastián, España, y coordinado por Daniel Innerarity y Javier Solana y titulado “La humanidad amenazada, gobernar los riesgos globales”.

En la publicación del mismo nombre, los organizadores confiesen que, en materia de amenazas globales y peligros futuros, tener razón no es nada reconfortante... y tienen razón. Por ello, y para movilizar nuestra inteligencia y todos nuestros recursos intelectuales, políticos, estratégicos, este coloquio se suma a las voces y también a las acciones encaminadas a construir caminos y salidas ante las amenazas del presente, respondiendo a la pregunta: ¿quién se hace cargo del futuro?

Pregunta que podría plantearse en plural y desdoblarse en muchas más para inquirir sobre quiénes se hacen responsables del mañana, pero sobre todo preguntando cómo y en qué sentido actores diversos debiesen hacerse cargo de garantizar que el futuro, aunque parezca opaco, incierto, catastrófico, amenazante, sea una responsabilidad, aunque diferencialmente compartida. Está claro, y este es un problema ético de la mayor envergadura, que la llamada responsabilidad climática es diferencial entre regiones, países e incluso al interior de estos. Y esto es parte de lo que debe discutirse para responder a la gran pregunta de este coloquio: ¿quién, quiénes y cómo se hacen cargo del futuro?

No me queda sino desear que cada una de las jornadas de esta semana contribuyan al necesario debate que hemos de dar como seres capaces de imaginar, soñar y construir nuevos contratos sociales, globales, nacionales, locales para hacer del único mundo que tenemos un lugar perdurable. Y dicho esto, y a nombre del señor rector de nuestra Universidad Nacional Autónoma de México, doctor Enrique Graue Wiechers, y siendo las 10 con 42 minutos, declaro inaugurado el primer coloquio internacional “La humanidad amenazada, ¿quién se hace cargo del futuro?”

Enhorabuena de nuevo a todas y todos los organizadores y bienvenidas todas y todos, en especial quienes nos acompañan del extranjero.

Muchísimas gracias.

Mary Frances Rodríguez

Buenos días a todas y a todos. Es un gusto estar acá en este evento, en este primer coloquio internacional, el Coloquio de Primavera: “La humanidad amenazada, ¿quién se hace cargo del futuro?” Tenemos una espléndida mesa por la mañana de conferencias magistrales y por la tarde de conversaciones temáticas. Voy a irles presentando a nuestros invitados de esta mañana.

Este tema, como bien lo mencionaba tanto Daniel Innerarity como Eduardo Robledo en sus intervenciones, pues surge o se inicia su camino en 2010 en San Sebastián con el evento “La humanidad amenazada, gobernar los riesgos globales”. Y ahora, en esta

ocasión, insertado aquí en la Universidad Nacional Autónoma de México a través del Programa Universitario de Gobierno, el cual está a cargo de Eduardo Robledo, se dan cita tanto filósofos como investigadores de diversas áreas para esta pregunta, para hacer una respuesta a esta pregunta, una respuesta inicial para intentar caminar en hacernos cargo del futuro.

¿Y qué podemos decir? Las problemáticas fundamentales que me parece es el aumento de la población, que como saben, en un siglo, de 1900 al año 2000, pues de 1,650 millones a 7800 millones es un aumento, un acelerado aumento que lo que hace es estresar justamente el ambiente. Solamente de 1950 al 2000, aumentó la población 140%, se duplicó casi una vez y media y en solo dos décadas aumentó 2000 millones.

Por otro lado, tenemos la extinción de especies acelerada. De las 142 mil especies estudiadas, casi 42 mil, tanto de animales como vegetales, están en peligro de extinción, el 35%, y solo en México se enlistan más de 2,600 especies en riesgo. Y esto nos lleva a ambos elementos, por supuesto, a los desastres, al riesgo, a la construcción del riesgo.

Y los desastres, por ejemplo, los riesgos y los desastres relacionados con los fenómenos climáticos e hidrometeorológicos, pues han ido en aumento considerable. En las últimas tres décadas, por ejemplo, se han triplicado estos desastres, entre 2006 y 2016 el aumento del nivel del mar global fue 2.5 más veces más acelerado que en todo el siglo XX.

Se presentan 20 millones de personas desplazadas al año y bueno, para 2030, adaptarse y mitigar costará a los países en desarrollo entre 140 mil y 300 mil millones de dólares.

Según el atlas de fenómenos meteorológicos, climáticos e hídricos, los desastres hidrometeorológicos representan el 50% de todos los desastres, el 45% de muertes y el 74% de pérdidas económicas.

El Informe de Riesgos Globales de 2023, publicado en enero de este año por el Foro Económico Mundial, donde participaron 1,200 expertos de todo el mundo, consideran que las amenazas globales medioambientales son las más alarmantes. El fracaso de la mitigación, la adaptación y la adaptación al cambio climático, los desastres y el colapso de los ecosistemas consideran que serán relevantes en la seguridad mundial en 2030. Con escenarios como escasez de recursos, conflictos geoeconómicos, migraciones masivas involuntarias y polarización social. Y hablábamos, comentábamos hace un rato que es el cambio climático también una amenaza hacia la democracia.

Bien, ahora les voy a permitir presentarles a nuestro primer ponente de esta mañana, además de los que estuvieron ya en la presentación, en la inauguración, la

presentación inaugural. Primero tenemos a Edgar Morin, que participa con una intervención a distancia y le vamos a dar la palabra a él.

Los invitados son ampliamente reconocidos. Edgar Morin es filósofo y sociólogo francés, ha propuesto una filosofía del pensamiento complejo que aboga por enlazar y globalizar disciplinas y por la cual ha sido reconocido mundialmente. Autor de más de 60 libros, destacando introducción al pensamiento complejo de 1990. Le damos la palabra al doctor Edgar Morin. Muchas gracias.

Edgar Morin

Saludos a todas y todos.

El futuro se llama incertidumbre. Incertidumbre porque no sabemos qué va a llegar. Pero hay varias hipótesis, hay varias tendencias actuales. Una tendencia muy fuerte es una tendencia que podemos llamar desastrosa o catastrófica. Es la tendencia que se empezó al inicio o a la fin del siglo último con este tipo de mundialización del poder gigante del provecho sobre el planeta, la crisis universal de la democracia en el mundo, la regresión política y la posibilidad de la sociedad de sumisión total, como China, un ejemplo maravilloso con el control numérico de las poblaciones.

Esta tendencia regresiva, además llegó la crisis de la pandemia, además llegó la crisis gigante del planeta de la biosfera con la agravación permanente de la situación. Además de estas crisis de la biosfera, de la crisis que llega de la guerra de Ucrania con todas las consecuencias económicas actuales y con las consecuencias potenciales futuras de desintegración, de generalización, de mundialización de un conflicto. Esto es la situación y actualmente los rasgos regresivos me parecen dominantes. Los hechos positivos son muy pequeños y parciales.

Por otro lado, vemos que la ciencia y la técnica desarrollan dos posibilidades antagonistas. Por un lado, la posibilidad de controlar todas las gentes con la inteligencia artificial, con todos los modos numéricos, y la llegada de un transhumanismo, es decir, de un poder de una élite con capacidad de vida más grande que los otros en la pobreza y la miseria. El transhumanismo es una perspectiva muy querida por algunos de la Silicon Valley, pero terrible para todos. Esta es la perspectiva.

La perspectiva de un buen desarrollo de la técnica de la ciencia supone una cosa fundamental: el mejoramiento de las relaciones humanas, un progreso de solidaridad humana. Si no hay esta solidaridad, no únicamente dentro de una nación, en las

naciones, en el mundo, si no hay una conciencia planetaria del destino común de la humanidad, no podemos adelantar hasta una sociedad mejor.

Bien, en esta situación, ¿qué hacer? Uno, observación. Observación, digamos, que necesita un modo de conocimiento y de pensamiento complejo para ver la multiplicidad de los rasgos de las crisis de hoy. Necesita un pensamiento más, no el pensamiento cuantitativo o economista de hoy, sino un pensamiento más que no existe. Esto es una necesidad de la educación de un modo de pensar la complejidad del universo y de los cambios.

La otra es de resistir, de resistir contra las barbaries que hoy día se hacen cada vez más potentes. La vieja barbarie del odio, del desprecio, de la tortura que continúa en diversos países, en la guerra de Ucrania; esta barbarie vieja se actualiza de nuevo, es un nuevo peligro. Pero esta barbarie está ligada con la barbarie fría, helada, del modo de pensar, con el cálculo, con la economía, que ve únicamente el cuantitativo, no ve la humanidad de las gentes, de los hombres y de las mujeres.

Digamos, en esta situación, vigilancia, lucides, resistencia. Podemos llegar a acontecimientos inesperados, como llegamos en el pasado, a acontecimientos positivos. Si llegamos a estos acontecimientos, debemos ayudar el desarrollo del mejor.

Entonces, no debemos desesperar. No hay una fatalidad. Hay probabilidades muy fuertes, muy feas, es verdad. No es la fatalidad. Hay la resistencia de la mente, la resistencia de fraternidad. Hay la resistencia del pensamiento. Hay todas estas formas de resistencia que son necesarias, sobre todo, para los intelectuales, para los enseñantes, para todos los que tienen una responsabilidad educativa para los pueblos.

Muchas gracias, muchas gracias a ustedes por la paciencia para escuchar mi palabra. Gracias.

Daniel Innerarity - Conferencia

Muchas gracias, Mary Frances, por tu amable presentación.

Déjenme comenzar por una afirmación un poco lapidaria, que luego trataré de justificar: nuestras sociedades están consumiendo el futuro de una manera insostenible.

Desde un punto de vista económico, demográfico, como decía Mary Frances ahora, somos sociedades distraídas en el tiempo presente, incapaces de tomar en suficiente consideración el futuro, tal y como lo están exigiendo las actuales circunstancias. Esta

dificultad de relacionarse con el propio futuro es una de las causas que explicaría el triunfo de la insignificancia en las actuales democracias mediáticas, nuestra insistente distracción sobre el corto plazo.

Las malas actuaciones imponen costes de largo recorrido y reducen la capacidad de aquellos que vivan en el futuro a la hora de tomar sus propias decisiones. Hay decisiones irreversibles, daños irreparables, decisiones por cuyo impacto negativo nadie podrá dar cuentas. Los gobiernos tienen que tomar decisiones que no solo distribuyen costes y beneficios entre diferentes sectores y grupos vivos en el presente, sino que implican también largos períodos de tiempo e incluso afectan a varias generaciones. Los gobiernos de mañana se enfrentarán a mayores problemas fiscales, medioambientales y sociales y verán reducida su capacidad de ocuparse del futuro a respecto.

El asunto también puede divisarse desde el presente hacia las deudas contraídas por el pasado. Muchos políticos se encuentran con cantidad de problemas que tienen que ver con la cortedad de miras de sus predecesores: infraestructuras deficientes, fallos en el sistema educativo, degradación medioambiental, problemas de deuda pública, etc. No puede haber una verdadera democracia, lo hemos dicho muchas veces, lo hemos oído muchas veces, donde no se establezca una cierta concordancia entre lo que deciden y los afectados por las decisiones, es decir, en este caso, entre el presente y el futuro. Pues la política actual, a mi parecer, padece un gran déficit de capacidad estratégica al mismo tiempo.

Nuestros políticos son administradores aplicados que trabajan en un horizonte temporal muy corto y ceden con frecuencia a la tentación de desplazar las dificultades al futuro a costa de las siguientes generaciones. La causa fundamental de este olvido del futuro es la misma estructura electoral de nuestros sistemas políticos y, por tanto, la falta de incentivos de un sistema en el que las elecciones sucesivas fuerzan a los elegidos a responder a los movimientos rápidos de la opinión pública.

El presente ejerce sobre los electos una presión incomparablemente mayor del futuro. El modo como el calendario electoral segmenta el proceso político no favorece la adopción de políticas cuyos posibles impactos llevarán mucho tiempo. Hay, por así decirlo, una discrepancia entre el tiempo necesario para abordar problemas complejos y los imperativos electorales. Un desajuste entre el tiempo requerido para afrontar los problemas sociales principales y la frecuencia de las elecciones, lo que por tanto incentiva políticamente a diferir.

El ciclo electoral es demasiado corto comparado con el tiempo que sería necesario para abordar muchos de nuestros principales desafíos, problemas de largo plazo que no se pueden adaptar a las estrecheces de un periodo de gobierno de cuatro años.

Por tanto, debemos relacionarnos con el futuro de otra manera, más estratégica, menos oportunista, convirtiendo a la política en una reflexión colectiva en torno al futuro y su configuración democrática. Hay bienes comunes que solo se pueden asegurar articulando medidas inmediatas con el largo plazo, el medio ambiente, la paz, la estabilidad institucional, la sostenibilidad en general, etc. Su gestión requiere cambios a nivel individual, colectivo e institucional para incluir en nuestras consideraciones y prácticas una perspectiva temporal más amplia. Hay que volver a situar, esta sería la principal tesis de mi intervención, hay que volver a situar al futuro en un lugar privilegiado en la agenda de las sociedades democráticas. El futuro debe ganar peso político.

Ahora bien, ¿cómo hacemos esto? El problema es que el futuro es políticamente débil, ya que no cuenta con abogados poderosos en el presente. Por tanto, todas las instituciones las que deben hacerlo valen.

Una primera exigencia de la responsabilidad respecto del futuro consiste en ir más allá de la ocupación de la lógica del corto plazo, levantar la vista por encima del detalle o del objeto. Tomarse el futuro en serio exige de entrada introducir largo plazo en las consideraciones estratégicas y en las decisiones políticas. La complejidad de nuestras sociedades nos obliga, de hecho, a extender los escenarios futuros que hemos de tener en cuenta para nuestras actuales decisiones y planificaciones.

El futuro, en suma, se ha convertido en un problema de las sociedades contemporáneas, un problema que vamos a diseccionar a lo largo de toda esta semana, quizá nuestro mayor problema, pero tal vez también la vía de solución para proceder a una reforma de la política. Nuestro mayor desafío consiste en volver a pensar y articular en la práctica la relación entre conocimiento, acción y responsabilidad. Tenemos que proceder a una relegitimación de nuestras intervenciones en el mundo, de nuestras condiciones de producción de futuro en los nuevos escenarios sociales de una mayor complejidad, incertidumbre e interdependencia.

Con los debates acerca del cambio climático, la energía ampliada, la ingeniería genética, la salud pública, el futuro ha irrumpido en la política del presente. Esto quiere decir que las decisiones políticas se han salido ya del clásico marco de referencia espacial y material. Para la conducción de este debate ya no van en las clásicas instituciones que diseñaron el futuro en las democracias liberales, ni la ciencia determinista, ni la economía que tiende a considerar el futuro como un recurso más, ni el derecho que entiende la justicia como el resultado del contrato entre los contemporáneos y carece de instrumentos para anticipar los derechos de quienes vienen después. Ninguno de estos sistemas está hoy por hoy equipado con los procedimientos para entender y regular un ámbito temporal en el que el futuro juega un papel decisivo.

La gobernanza intertemporal consistiría en una cultura política y un diseño institucional que estimule la decisión motivada en el largo plazo, que proteja los intereses futuros, mejore los instrumentos de previsión y promueva la solidaridad intergeneracional. Podríamos llamar gobernanza anticipatoria a la capacidad de los políticos electos y del sistema político en general de mirar hacia adelante, de imaginar y pensar estratégicamente y de transformar. La gobernanza sostenible debería poder modificar las presiones sobre el sistema político de manera que los intereses más inmediatos no sean tan priorizados a expensas del bienestar futuro de la sociedad.

La dificultad del asunto procede de que hay que distribuir los costes y beneficios no ya entre sujetos contemporáneos con distintos intereses, cosa que hacemos relativamente bien, sino entre quienes vienen en distintos tiempos. Para el sistema político es especialmente complejo gestionar aquellas relaciones entre el presente y el futuro que implican una ventaja a largo plazo, pero un coste aquí y ahora. Las asimetrías electorales surgen en cuanto hay que realizar algo que no disfrutarán quienes lo costean, quienes lo pagan: reformas, subidas de impuestos, regulaciones, etc. Desde este punto de vista la sostenibilidad implica fortalecer la voz de quienes están pobremente representados y al mismo tiempo restringir el poder de los sobre-representados.

La advertencia de hasta qué punto nuestros sistemas políticos están atrapados en dinámicas insostenibles ha puesto en marcha desde hace tiempo debates y propuestas para fortalecer las instituciones, los procesos y los sistemas de decisión de manera que puedan hacer frente a las cuestiones intertemporales. Hay iniciativas que pretenden crear instituciones explícitamente centradas en el futuro; otras cuya intención es animar las instituciones actualmente existentes a que adopten una perspectiva más de futuro. Para corregir este presentismo generalizado hay iniciativas como lo que se ha llamado los dispositivos de compromiso, instrumentos políticos para conseguir que los individuos, las organizaciones y los gobiernos, contra su posible miopía y oportunismo, mantengan su determinación de actuar según el curso de acción y los fines acordados.

Se trata con estos instrumentos de influir o limitar el comportamiento futuro con el objetivo de realizar los objetivos deseados frente a las posibles presiones para abandonarlos y al mismo tiempo incrementar los costes de oportunidad y el comportamiento oportunista, es decir, que el oportunismo no compense. Mecanismos como el establecimiento de los objetivos políticos, instituciones para representar o proteger los intereses futuros que se consideren importantes, negociar amplios acuerdos sobre políticas con implicaciones en el largo plazo, diseñar políticas y programas de modo que sean difícilmente alterados en el futuro, limitar el margen de discreción gubernamental, etc. Estos procedimientos pueden en ocasiones tomar

forma institucional como los consejos de planificación, think tanks, comisiones de futuro, equipos de diseño estratégico, agencias de planificación, unidades de perspectiva, etc. Sobre todo, de esto hay una gran literatura en mi libro, La teoría de la democracia compleja, los analizo con bastante detalle si alguien está más interesado en el libro.

En otras ocasiones, se ha mostrado especialmente útil que los gobiernos establezcan objetivos de largo plazo, como fue el caso de los objetivos de desarrollo milenio o los actuales objetivos de desarrollo sostenible.

En segundo lugar, la segunda parte de mi intervención concretaría esto en lo que podríamos llamar la capacidad transformadora de la democracia. Se habla mucho de transformar la democracia y muy poco acerca de si la democracia transforma, es decir, si producen los resultados que tenemos derecho a esperar de ella.

Para poder hablar de una democracia de transformación, tienen que poder realizarse tres tipos de operaciones sobre lo cual quería hablar en el tiempo que más resta. En primer lugar, la generación del cambio social. Tenemos que cambiar en cierta medida y bajo determinadas condiciones la sociedad. En segundo lugar, tenemos que evitar, no se trata solamente de hacer cosas, sino de evitar situaciones indeseables. Por ejemplo, las crisis como hemos tenido experiencia a lo largo de estos últimos años. Y en tercer lugar, la tercera gran pregunta que nos deberíamos hacer es para hacer lo uno y lo otro, es decir, para hacer ciertas cosas y para impedir que pasen otras, qué tipo de subjetividad política es capaz de construir e implementar ese tipo de decisión. Por lo cual, en una sociedad plural, con diversidad de sujetos políticos, niveles de gobierno, interlocutorios, eso pasa necesariamente por la negociación democrática, el pacto, el acuerdo y la cooperación.

Por tanto, voy a hablar en esta segunda parte de cómo podemos posibilitar los cambios, cómo podemos impedir o gestionar las crisis y, en tercer lugar, cómo podemos negociar los pactos.

En primer lugar, ¿cómo hacer que ciertas cosas pasen? Estamos rodeados de fracasos de la política a la hora de llevar a cabo lo que la sociedad le había encargado. Políticas que son incapaces de hacer real lo que una sociedad creía que estaba alumbrando. Bueno, aparte de los fracasos de la política y de su particular impotencia tienen que ver con que el impulso cívico, el deseo de cambio, la indicación o las aspiraciones o las esperanzas colectivas no tienen quienes los articulen políticamente. No se trata solo de que haya problemas técnicos de implementación, que los hay, sino de la dificultad que tenemos de articular dos lógicas distintas que deben combinarse, pero ninguna de las cuales está en condiciones de sustituir a la otra. Por un lado, la espontaneidad

social que protesta, que exige, que desea, que espera y, por otro lado, la lógica política que racionaliza y pone en práctica.

La experiencia cotidiana que todos tenemos, que resulta más fácil identificar lo que no queremos que saber lo que queremos, corresponde, en el terreno colectivo, a un comportamiento político en el que hay más rechazo que elección, más descarte que preferencia. Esto lo saben muy bien los líderes políticos que prefieren acomodarse a la situación y meter miedo en vez de generar esperanza. Desde el punto de vista institucional, esto se traduce en lo que se ha venido a llamar vetocracia, es decir, donde la posibilidad de bloqueo es infinitamente mayor que la capacidad de construcción, para regocijo, por cierto, de aquellos a quienes beneficia el status quo.

El gran problema de nuestros sistemas políticos no es la inestabilidad en general, sino la inestabilidad debida a que no se realizan los cambios necesarios. Más que palancas, iniciativas o puntos de Arquímedes, la física social está llena de vetos, bloqueos, influenciabilidad, impedimentos y rigidez. La crisis de nuestra democracia es también una crisis de eficacia y capacidad de tomar las decisiones. No sabemos qué hacer con lo que podríamos llamar la agregación de los rechazos. Teniendo en cuenta todo esto, podríamos concluir que nos está fallando la construcción política e institucional de la democracia más allá de la emoción del momento, de la presión inmediata y la atención mediática.

Uno de los principales enigmas de nuestro tiempo es cómo se produce el cambio social. Entender su lógica y contribuir a que se realice en la dirección deseada. De lo cual, profesor Ramón Ramos sabe muchísimo y les doy mucho vacío. El problema es que hoy, más que estrategias de cambio, lo que tenemos son gestos improductivos, una agitación que es compatible con el estancamiento, escenificaciones sin consecuencias, impulsos estériles, falsos movimientos. El radicalismo es a la revolución, como la agitación al movimiento o la indignación a la democratización, es decir, simulacros de cambio, no solamente compatibles con la falta de cambio, sino, en muchas ocasiones, estimuladores para no cambiar nada porque ya hemos conseguido algo que se le parece.

En segundo lugar, ¿cómo conseguimos impedir que ciertas cosas no pasen, que ciertas cosas pasen? ¿Cómo lo impedimos, cómo anticipamos y cómo gobernamos las crisis? La política tiene como objetivo hacer ciertas cosas, pero también impedir otras absolutamente o, si no se puede, conseguir que pasen de una manera distinta, menos dañosa y más provechosa de lo que hubiera pasado sin su intervención anticipada. Aquí entrarían todas aquellas capacidades que los sistemas políticos tienen que desarrollar para prever, anticipar, proteger y gobernar las situaciones críticas.

Gobernar bien es imposible si los políticos no exploran el horizonte y continúan cerrando los ojos a los problemas latentes o incipientes. Un déficit manifiesto de la política es la cortedad de miras en sus programas, es decir, el tratamiento de los síntomas en vez de la lucha contra las causas; su dependencia de los electores actuales a costa de las generaciones futuras; la incapacidad tanto de los representantes como de los representados para enfrentarse a problemas latentes. Como sociedad no estamos especialmente bien dotados para una gobernanza anticipatoria. La continua procesión de urgencias diarias nos distrae de los desafíos del largo plazo. Las crisis son muy pocas veces anticipadas y cuando han pasado tampoco estamos especialmente de acuerdo en cómo interpretarlas o cómo debemos aprender de ellas, sea una crisis financiera, la pandemia o la crisis climática.

La democracia necesita una gestión estratégica de las crisis futuras. Sabemos que habrá crisis en relación con el cambio climático, la salud pública, el capitalismo financiero, las migraciones, el abastecimiento de energía, el envejecimiento de la población, las guerras, los conflictos, etc. Lo único que nos falta por adivinar es cuándo, cómo se presentarán y con qué instrumentos es más adecuado hacerles frente. Una acción más estratégica nos permitiría identificar las tendencias y anticipar las soluciones, es decir, actuar cuando ya no sea demasiado tarde.

Mejorar la coherencia estratégica en un sistema que está al vaivén de las crisis urgentes del corto plazo requiere, de entrada, una mayor y mejor información acerca de los impactos a largo plazo de las actuales decisiones políticas y sus alternativas. Instrumentos adecuados para medir los riesgos a los que estamos confrontados o que generamos nosotros mismos y un enfoque holístico o sistémico. Solo así la política conseguirá pasar del mundo de las reparaciones al de las configuraciones.

En sistemas dinámicos hay que introducir el futuro en nuestras planificaciones si es que no nos queremos ver sorprendidos por problemas que irrumpen sin que hayamos realizado ninguna previsión. Ya se trate de las crisis financieras globales, desastres ecológicos o problemas de sostenibilidad, la política llega siempre demasiado tarde; cuando los trabajos de reparación son más costosos de lo que hubieran sido las medidas profilácticas. Los gobiernos se encuentran frecuentemente poco preparados cuando la dinámica de los acontecimientos indeseados ha comenzado ya a acelerarse. Su capacidad de detectar y responder a los acontecimientos emergentes es muy reducida y los marcos regulatorios se han vuelto obsoletos o menos efectivos. Los gobiernos entonces se limitan a gestionar las crisis tras su estallido en vez de centrarse en los acontecimientos que las propiciaron. Esto que estoy hablando no son desafíos que se resuelvan con la creación de un gabinete de crisis que se constituye cuando la crisis ya ha tenido lugar y que sólo sirve para remediar parte de sus

consecuencias, sino, mejorando la capacidad de los gobiernos de pensar y actuar de un modo estratégico en un mundo que está cambiando radicalmente.

Tenemos que prepararnos para gobernar un mundo en el que no habrá crisis ocasionales, sino que viviremos en una inestabilidad mayor de la que éramos capaces de gestionar. Necesitamos una política que sea capaz de entender las interacciones y los fenómenos de crisis, que sea haga cargo de la novedad y del cambio; una política capaz de reinventarse así misma continuamente, que no sea estática, intemporal y reactiva, sino viva y en transformación. En definitiva, una nueva manera de hacer política que sea más receptiva para las formas inéditas que tendrá que adoptar en una sociedad que se hace cada vez más imprevisible y, por tanto, que entiendas estos requerimientos como oportunidades para ser más democrática.

Finalmente, un requisito de esta democracia de negociación es generar una subjetividad política capaz de poner en marcha ambas cosas. La capacidad de hacer que ciertas cosas pasen y la capacidad de impedir que ocurran ciertas cosas como las crisis. Desde un punto de vista de una democracia transformadora, no hay otro procedimiento para afrontar estos grandes asuntos de la humanidad y esos grandes asuntos colectivos que generar un sujeto a través del pacto o a través del acuerdo, porque solo con esto se puede producir un cambio social profundo y duradero. La democracia no puede producir cambios en la realidad social sin algún tipo de escisión mutua. Si los acuerdos son importantes, los acuerdos que deberíamos producir son importantes, es porque los costes del nuevo acuerdo son muy elevados: fundamentalmente, asentar el status quo, la desigualdad, el desastre climático, la injusticia, la insostenibilidad en general. Los desacuerdos son más conservadores que los acuerdos. Cuanto más polarizada está una sociedad, menos capaces de transformarse. Hoy, nos podemos permitir menos que nunca la paralización porque los costes de retrasar las decisiones oportunas son muy elevados.

Si la democracia quiere ser transformativa, transformadora, ha a ser también una democracia de negociación. Buena parte de los principales problemas políticos a los que se enfrentan hoy nuestras sociedades requieren instituciones y hábitos de negociación. Hay problemas que se solucionan votando y por tanto generando una mayoría suficiente, y otros que exigen algo más o algo diferente de lo que se consigue cuando una votación configura una mayoría. En estos casos no se trata tanto de votar como de construir ese tipo de voluntad popular que se fracturaría si hubiera que votar, es decir, una victoria de unos contra otros. Hay cuestiones que pueden resolverse simplemente contando los votos, pero hay otras, las más decisivas, las que afectan a las condiciones de la convivencia, para las que hace falta un acuerdo más amplio, es decir, una voluntad política más integradora. Si nos pasáramos el día contando votos, pero sin hablar entre nosotros mismos, no tendríamos una verdadera democracia. Lo

mismo que si estuviéramos continuamente discutiendo y fuéramos incapaces de poner un punto final a la discusión y tomar decisiones. La democracia no es, me gusta decir, ni el reino de los votos ni el reino de los vetos. La democracia es un sistema político que equilibra discusión y decisión, negociación y resolución, acuerdo y disenso.

Hay una dimensión competitiva de la democracia en la que rigen criterios mayoritarios y donde unos ganan y otros pierden, pero también hay una democracia de negociación que es necesaria para algunos asuntos y que permite una mejor construcción de la voluntad popular de la democracia mayoritaria.

Pienso, y esta sería mi conclusión, que, en nuestras democracias actuales, el momento competitivo está eclipsando la dimensión colaborativa. La democracia mayoritaria es incapaz de conseguir lo que en el mejor de los casos se alcanzaría por medio de una democracia de negociación. En definitiva, esta sería mi última conclusión, si queremos hacernos cargos del futuro, si queremos afrontar los riesgos colectivos, no tenemos más solución que darle al futuro un mayor peso en nuestras instituciones, en nuestras prácticas políticas, en nuestras configuraciones de gobierno, para lo cual tenemos que mejorar tanto la capacidad transformadora de la democracia para hacer que pasen ciertas cosas, como la capacidad para impedir que ocurran otras como las crisis o que cuando ocurran nos encuentren mejor preparados, para lo cual me parece que el mejor instrumento es generar una subjetividad política más transversal de la que hay en una democracia meramente competitiva.

Muchísimas gracias a todos por su atención.

Ramón Ramos Torre

A mí, para pensar el futuro, me hace falta coger la máquina del tiempo e irme muy lejos. Entonces voy a empezar lejos, lejísimos, hace 5,000 años. Hace casi 5,000 años, Gilgamesh, rey de Uruk en Sumeria, emprende un peligroso viaje para hacerse con la planta milagrosa de la eterna juventud. Luchaba contra el tiempo que nos devora y quería asegurar un futuro esquivo. El poema que narra sus aventuras nos cuenta que no logró su objetivo y que al final solo consiguió irritar a los dioses. Dos mil años más tarde, Edipo, tirano de Tebas, utilizando una fina inteligencia que resolvía enigmas, intenta sortear un futuro que amenaza con convertirlo en incestuoso y parricida. Todo lo que hace para eludirlo se vuelve en su contra y ayuda al cumplimiento de lo ineludible. Al final, el destino se cumple y sus juegos con el futuro resultan una muestra más de la ironía trágica que domina el tiempo de los humanos.

El 12 de julio de 1789, el duque de La Rochefoucauld despacha con Luis XVI, rey de Francia, sobre los acontecimientos que acaban de ocurrir en París. “¿Es una revuelta?”, pregunta el rey. “No, es una revolución”, le contesta el duque. El futuro muestra así su radical apertura, su creatividad, la insensatez de pensarlo como una prolongación o repetición del pasado, tal como enseñaba la tradición en la que habían sido educados los poderosos de la época.

No sigo enumerando casos que podrían tenernos entretenidos un largo tiempo. Si me interesan y tienen a cuento es porque muestran que el cometido que aquí nos fijamos, pensar el futuro, constituye un universal. Es verdad, los humanos nos hemos visto siempre abocados a pensar el futuro. Pero precisemos y dejémoslo claro desde el principio: El futuro que estaba en la mente de los sumerios de hace 5,000 años o el futuro del héroe de la tragedia de Sófocles, representada en Atenas hace 2,500 años, o el futuro al que se enfrentaba el rey y su aristocrático consejero en julio de 1789, todos esos futuros difieren en su semántica y su pragmática básica, es decir, en lo que significan y en lo que se puede o debe hacer en relación con ellos. También difieren del futuro que hemos de pensar en la actualidad. El futuro ha ido variando, tiene una historia propia y como veremos hay que pensarlo, y esta es la idea fundamental, como plural. Y, además, no solo plural, sino sometido a fuertes disputas. Por tanto, más que pensar el futuro, hay que ponerse a pensar los futuros y analizar cómo difieren y se enfrentan entre sí.

Pongámonos a la tarea. No creo que podamos dar cuenta con resultados de interés si no atendemos desde el principio a la coyuntura en que emprendemos esta tarea. Y esa coyuntura es, por decirlo de forma expresiva, la de la resaca del síndrome posmoderno que hemos estado sufriendo estos últimos 30 años. Como resaca, se trata de una situación de recuperación de la salud, existiendo ciertamente unas molestias persistentes y el asombro ante los excesos vividos. Como síndrome posmoderno, se trata de un conjunto de síntomas con orígenes y características distintas que tienen un punto de coincidencia. ¿Y cuál es ese punto de coincidencia? Llevándolo todo a un rasgo común o incluso atreviéndome a establecer algo que sea común y convergente en todo sello, lo que digo es que apuntan a un peculiar malestar temporal o incluso a una enfermedad del tiempo propia de la época.

Esta enfermedad se materializa en tres manifestaciones. Por un lado, una supuesta atemporalización del mundo social. Por otro, una disolución del futuro a favor de un presentismo radical. Y, por último, una tendencia a sustituir el tiempo en ruinas por el espacio y la espacialización. Esto diagnosticaron algunos pensadores decisivos de finales del siglo XX, pero sobre todo la tribu que más me interesa, pues formó parte de ella: me refiero al colectivo que forman los científicos sociales y más específicamente los sociólogos. Ya sea en términos de celebración, ya en términos de crítica y lamento,

una parte importante de ese colectivo ha dedicado su atención a dar un diagnóstico de época centrado en lo que es sensato de nominar síndrome posmoderno, pues la referencia explícita o implícita a la posmodernidad constituye su espacio de encuentro y acuerdo.

¿A qué me estoy refiriendo? Voy a ser muy sintético. En toda una corriente de estudios que han centrado la atención en la emergencia de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, pero también en otras aproximaciones que han enfatizado los últimos avatares del capitalismo globalizado y progresivamente financiarizado, o han desvelado la dinámica propia de una sociedad en red y dominada por la aceleración o la velocidad, en todas esas corrientes y en otras semejantes, el mantra repetido hasta la saciedad es que el tiempo que ordena y mide se ha hecho migajas. Las secuencias ordenadoras han caído en la ruina y todo se ha desplazado hacia una simultaneidad inasimilable. Habríamos caído en un paradójico, algunos lo llaman así, en caso de falta de imaginación, en un tiempo atemporal. Sin antes ni después. Sin ordenación de comienzos y finales. Sin asignación de secuencias normativas a lo que ocurre. Sin etapas. Sin plazos creíbles. Un tiempo libre de relojes y calendarios, lo que permite que todo pueda ocurrir sin preaviso en cualquier momento.

Otra corriente muy cercana, esta amplía y dramatiza el diagnóstico, propone que vivimos en sociedades tendentes a la amnesia. Que no pueden recordar ni alcanzar sentido a partir de lo vivido. Pero en las que tampoco es posible recurrir a un futuro creíble que asegure una estación de llegada a la experiencia del mundo. Falto de sus horizontes de pasado y de futuro, el presente se encierra sobre sí mismo. Ya sea como presente extendido entre cuyos límites quedamos encerrados sin poder contemplar nada que quede fuera de ese recinto; ya como presente puntual en el que nada puede estar ni arraigarse y que nos condena a un perenne deslizamiento entre instantes atomizados.

Se afirma así algo que es consustancial, y se afirma así un presentismo radical que al parecer de algún historiador de prestigio es el núcleo de un nuevo régimen de historicidad que sucede a otros que le precedieron nucleados en el recuerdo del pasado o en la espera optimista del futuro.

Si todo el entramado temporal se viene abajo, el consecuente vacío lo viene a ocupar el espacio. Según esta propuesta viviríamos en sociedades radicalmente espacializadas, libres de grandes relatos, deshistorizadas y desfuturizadas, en las que solo lo propiamente espacial, lo contiguo, lo conectado, lo superpuesto, lo mediado, lo lejano, lo cercano, lo que está en red, nos permitiría asegurar la reproducción del sistema social.

Es este conjunto de diagnósticos de época lo que da pie para hablar del síndrome posmoderno. El argumento dominante y de ahí el énfasis en el post es que, si un mundo ha emergido como sustituto del mundo moderno o de la primera modernidad, mundo que estaría entramado temporalmente de una forma inversa a la postmodernidad. En efecto, la novedad del mundo de la modernidad habría consistido en haber procedido a la temporalización de todo el espacio de la experiencia. Lo han dicho historiadores, lo han dicho sociólogos, lo han dicho psicólogos sociales. Lo que se habría traducido en la estricta cronificación de los medios institucionales y las prácticas correspondientes, marcadas por la disciplina de ubicuos, calendarios y relojes, y en una futurización expansiva que habría conseguido, por medio de la gran ración ficcional del progreso, sosegar las ansiedades provocadas por la experiencia de un cambio permanente. Cronificación expansiva y futurización radical serían sus rasgos identificativos, lo propio y distintivo de la modernidad ya extinguida.

Lo que llamo síndrome postmoderno propondría levantar el acta de función de ese mundo. Como se puede apreciar, es una criatura tópica que surge de propuestas sobre el cambio sociocultural, que propone que el tiempo se ha desquebrajado, el pasado y el futuro están huidos y solo nos queda el presente, a veces puntual, otras alargado, del que no podemos salir. Huérfanos del tiempo de la memoria y la espera, solo nos queda la celebración del *carpe diem* o el lamento por la orfandad de realidad que sufrimos.

Volvamos al punto de partida. Sabemos ya la coyuntura en la que hemos pensado el futuro y podemos convenir que estamos situadas en una época de resaca del síndrome postmoderno. Significa esta que el síndrome se ha ido desvaneciendo, aunque todavía estemos afectados por sus consecuencias.

¿Qué podemos decir entonces de la propuesta postmoderna? ¿Nos proporciona un retrato convincente y empíricamente contrastado del mundo social en que vivimos? ¿Nos permite pensar seriamente el tiempo y en especial el futuro del mundo en que estamos? No lo creo, aunque ciertamente haya que tomar en consideración algunas de las cosas sobre las que, con toda razón, ha tenido a bien llamar la atención.

Hay dos defectos de orden muy general que lastran la propuesta y no se pueden dejar de apuntar.

Es, por un lado, un discurso que identifica el cambio con la desaparición. Siguiendo en esto las jeremiadas típicas del conservadurismo decimonónico que amaba lamentarse de la caída en los infiernos e identificaba la ruina del mundo tradicional con el acabamiento de todas las cosas y la destrucción de cualquier orden humano. En contra de esto, podemos adelantar que los cambios que sufre el tiempo y, más específicamente, los cambios a que se ha sometido la semántica y la pragmática del futuro no suponen lisa y llanamente la desaparición del futuro, sino su conversión.

Veremos que el futuro cambiado es un futuro transformado, reconformado, razón por la cual hay que atender tanto a lo que desaparece como a lo que emerge.

La otra carencia que me parece crucial es la que resulta de una tendencia muy arraigada en lo que algunos han llamado la Gran Teoría, tendencia dada a presentar la realidad que analiza como si estuviera vertebrada por un principio unitario que todo lo informa. Según esta aproximación, habría que fijar una semántica y una pragmática del futuro que serían únicas, universales y, por lo tanto, omnipresentes. En consecuencia, no se contemplaría la posibilidad de futuros múltiples y heterogéneos, no solo sucesivos, sino coexistentes, simultáneos, que estarían entrañados en hechos institucionales distintos o en las prácticas de diferentes grupos sociales. Bastará con que proyectemos estas reflexiones críticas sobre los debates sobre la modernidad para comprobar sus consecuencias.

Por seguir con Luis XVI y sus conversaciones con el duque de La Rochefoucauld, convengamos en que ninguno de los dos concebía la posibilidad de una revolución que procediera a una fundación radical de la comunidad política, cortada toda continuidad con lo precedente y afirmara con orgullo su ilegitimidad. Desde su punto de vista, lo que se puso en marcha el 14 de julio era la caída en los infiernos, la destrucción de la sociedad y el sacrificio de un tiempo ritualizado y sacralizado que había sido creado por Dios y legado a los hombres y sus reyes. Y es verdad que para ellos era la negación del tiempo, pero los acontecimientos mostraron que era en realidad la recreación o refundación del tiempo, cosa que los revolucionarios hicieron patente al aprobar un nuevo calendario republicano basado en la razón, la naturaleza y la nación. Y de esa mano, del nuevo calendario, rechazaron el futuro tradicional que se había concebido a lo largo de los siglos como destino o como providencia divina, sustituyéndolo por un futuro de progreso abierto a la acción humana que anuncia novedades sorprendentes y está enfocado a la emancipación de los seres humanos, no a la gloria de Dios y sus reyes.

Convengamos también que la emergencia de esa novedad y la consecuente transformación del tiempo en general y del futuro en particular no supuso la universal estructuración de toda la experiencia humana a partir de una matriz unitaria. Por centrarnos en lo que nos interesa, el futuro del progreso, que se teorizó de muchas maneras, se situaba al lado de otras experiencias que presuponían marcos temporales muy diversos. Me limito a llamar la atención sobre dos experiencias cruciales que poco tienen que ver con la idea de un futuro de progreso. Piénsense, en efecto, en la nación y en los movimientos ligados al romanticismo. Son experiencias socioculturales típicas y expresivamente modernas, pero cada una de ellas hace referencia a algo que no está inscrito, necesaria y plenamente en la ficción de un futuro de progreso. En efecto, la nación se presenta como un ente que surge de las brumas del pasado, siempre al

acecho para conseguir estatalizarse y que requiere un discurso histórico que justifique la continuidad sin hiatos entre el pasado y el presente. Como vino a decir Renan, formar parte de la nación es recordar juntos la misma historia de los orígenes. Y el romanticismo, como la otra cara de la modernidad, no se empeña en explorar un futuro de progreso y gratificaciones crecientes, sino justamente lo contrario. Reivindica una naturaleza eterna y maltratada, no la luz del sol, sino la incierta del claro de luna, y allí donde reina no hay progreso, sino demonios, locura y sufrimiento.

Un poquito de agua.

Bueno, resulta pues que en contra de lo que se tendría a suponer una y otra vez, la modernidad no es temporalmente homogénea, ni se vertebra solo a partir de la idea de un futuro abierto y conformado por la nación humana, abocado indefectiblemente al futuro... al progreso, perdón. ¿Y qué está ocurriendo ahora en el presente en el que estamos y nos comunicamos? ¿Estamos libres de los fantasmas tópicos de la modernidad? Y si es así, ¿hemos de pensarnos en el marco de lo que hemos dado en llamar el síndrome posmoderno?

Mi propuesta es... hemos de evitar los prejuicios que están por detrás de ambas alternativas. Considero en efecto que no está probado y es alto improbable que el mundo en el que vivimos nuestras vidas hoy en día esté libre totalmente de los presupuestos típicos de la modernidad. Y desde luego no se trata de un mundo que haya prescindido del futuro, que se haya decidido a encontrar refugio en el presente del miedo o del gozo.

No detendré mucho en la primera propuesta. Sostener que la modernidad no ha muerto es tanto como asegurar que sus grandes tópicos, y eso basta con que reflexionemos sobre nuestra manera de pensar la experiencia, sus grandes tópicos, es decir, la ilustración, el romanticismo, la nación, la revolución, el progreso, los grandes tópicos de la modernidad, siguen vivos y dotados de una gran eficacia. Limitándonos a la idea de progreso y su matrimonio sólido con las expectativas del futuro, me parece claro que sus tópicos siguen opinando en lo que dice y da, por supuesto, la gente. Y nos muestran las encuestas cualitativas o cuantificativas que solemos hacer los sociólogos. El futuro como progreso sigue vivo en la mente de la gente, por mucho que algunos intelectuales con pretensiones crean haberle dado sepultura. Se podría advertir incluso que cuando se proceda a acumular lamento sobre el engaño del progreso y de cómo lo que vivimos poco o nada tiene que ver con él, no es que se desdeñe y rechace, sino curiosamente que se eche en falta y se solicite. En última instancia se pide y espera que se cumpla el contrato social fundacional que prometía que en el futuro todos, incluyendo en todos a los miserables de la tierra, seríamos saciados.

Por otro lado, basta con que atendamos a la lógica temporal encarnada en instituciones claves del presente para comprobar que el tópico del progreso sigue informándonos. Está ahí, agente y presencia. Recordemos que los mercados, tal como proponían en el siglo XVIII Mandeville y Adam Smith, se reproducen siguiendo el principio consecuencial que asegura que, de las acciones de los individuos atomizados movidas por intereses puramente egoístas, surge el bienestar de todos, que nadie busca, pero siempre se encuentra. El mercado resulta ser así garantía de progreso material para todos. Y es evidente que la reivindicación de ese tópico es moneda generalizada en el mundo en que vivimos y está en el primer plano de las discusiones políticas. Decimos que no creemos en el progreso, pero justificamos las operaciones del mercado en los términos que fija esa añeja ficción narrativa, porque no es otra cosa que una añeja ficción narrativa.

¿Y qué ocurre, por su parte, con los tópicos sobre el tiempo y su futuro que propusieron los postmodernos? Propongo que son insuficientes y que no nos permitan realizar adecuadamente la tarea de pensar el futuro. Pero dicho esto, es también evidente que en esos tópicos se encuentran algunas claves para comprender el entresijo temporal de nuestro mundo. Nos lo desvela la gente de a pie, por lo menos la gente de a pie tal como la retratan investigaciones empíricas rigurosas y atendibles. Gente que nos da a entender que su mundo de experiencia ha sido radicalmente desordenado en razón de transformaciones que han ido ocurriendo en el mercado de trabajo, en sus actividades de consumo, en sus prácticas culturales o en el medio técnico de la información y la comunicación que utilizamos o nos utiliza.

En efecto, las investigaciones sobre los trabajadores y sus experiencias en el puesto de trabajo, en la empresa que los contrata o en el mercado de trabajo en general, muestran que el orden temporal de la que llamábamos empresa fordista se ha visto trastocado, poniendo en cuestión la idea de una biografía laboral personal que empieza, da sus primeros pasos y concluye de una forma ordenada y previsible. Las investigaciones sobre los jóvenes precarios o sobre los parados de edad media muestran también que se sienten condenados al exilio en un presente de dimensiones muy limitadas del que no pueden salir o creen no poder salir. Es lógico que lo que declaran proclame la relevancia del presentismo, pero esa relevancia también es reconocible en el mundo del consumo del compra y tira, o en el mundo de la moda que solo atiende a la actualidad, al presente y se dedica a cambiar de continuo, generando siempre presentes sin memoria, desgajados. Y ocurre también lo mismo en el mundo de la política, Innerarity lo acaba de contar detalladamente, tan atento a los estados de opinión momentáneos y que cifra la realidad en plazos muy cortos entre elección y elección que sacrifican y empujan a la nada horizontes de futuro de mayor duración. Hay, pues, muchos aspectos del mundo en que vivimos dominados por un tiempo corto, inestable, amnésico y que está de espaldas al futuro. No son rarezas, sino rasgos

recurrentes de nuestra experiencia y está apalabrado por la gente. Forma parte del discurso por medio del cual se interpretan a sí mismos. Debemos pues reconocer al tan criticado síndrome postmoderno que nos haya llamado la atención sobre ellos y nos haya puesto a pensar sus características y sus eventuales consecuencias.

Ahora bien, todo discurso tiene una adversativa. La propuesta que hago tras este reconocimiento es que estos rasgos y esta manera de llevarnos a pensar el tiempo, el futuro y su desaparición ni son el todo ni son lo crucial. Al lado de ellos, o más bien confrontados con ellos, hay otros tiempos que constituyen rasgos novedosos de la época que nos ha tocado vivir. Tiempos cuyas demandas nos llevan a pensar en toda su radicalidad y de manera nueva el problema del futuro, tal como nos proponían Morin e Innerarity. Algunos de esos tiempos, nada postmodernos, vienen de la mano de nuevas tecnologías que lejos de recrearse en la instantaneidad y en el presente puntual nos plantean sin más el problema del largo o muy largo plazo y del futuro esperable. Piénsense por un momento en ciertas novedades de los últimos decenios como son las biotecnologías, las nanotecnologías o la inteligencia artificial. Todas ellas son fenómenos que podemos llamar totales, pues no solo afectan a la tecnociencia en la que han surgido o a la economía en la que quieren adquirir rentabilidad, sino a los aspectos más variados de la sociedad, la cultura y la vida humana. Plantean en razón de ello problemas éticos y políticos de largo alcance y para abordarlo seriamente no nos queda más remedio que desembarazarnos tanto de la idea de progreso como de la tentación presentista y ponernos a pensar el horizonte de los futuros posibles que con ellos se pueden desatar.

¿Qué sería de una humanidad diseñada biológicamente a la carta? ¿Qué podemos alcanzar incidiendo sobre las estructuras básicas de la materia? ¿Qué sociedad de seres libres e iguales podemos construir y mantener si se cumplen los vaticinios de la inteligencia artificial? Todos estos interrogantes llaman al futuro a imaginarlo, a romper los estrechos límites en los que lo hemos encerrado, a crear nuevas narraciones sobre mundos posibles, a atender a lo que pueda ir ocurriendo y a dotarnos de estructuras sociales que permitan un aprendizaje continuo para no convertirnos, como Edipo, en juguetes de la fortuna o en aprendices de brujo.

Quiero centrar la atención en uno de esos retos que ponen en entredicho tanto el futuro abierto y prometeico, característico como vimos de la modernidad, como el futuro caído o desaparecido de la última posmodernidad. Me refiero al que considero y me imagino que considerarán ustedes también el tema de nuestro tiempo, el problema del cambio climático. Se trata de forma inequívoca de un hecho total en el sentido que se dio esta expresión anteriormente, pues es a la vez y de forma indistinta un hecho natural, físico, como un hecho civilizatorio, cultural, social y yendo más allá de hecho, es un hecho ético, que afecta a la ética y que incluso afecta a la estética.

Cumple ahora resaltar además que se trata de un tema de espesor temporal y más concretamente de un hecho que afecta a nuestras maneras de concebir y tratar el futuro, pues es patente que nos plantea ahora, en un presente urgido, atender a un conjunto de consecuencias que se proyectan sobre el futuro y en relación a las cuales hemos de ir adoptando medidas para adaptarnos, ser, se supone, resilientes y, desde luego, mitigarlo e incluso frenarlo. Es, además, el problema que nos pone inevitablemente en contacto con las generaciones futuras y los derechos que debemos reconocerles. En definitiva, este hecho total que llamamos cambio climático se sitúa en el núcleo duro de nuestras futurizaciones, entendidas estas en su doble vertiente de lo que podemos saber y lo que podemos hacer sobre lo que no es todavía, pero podría ser. A esto se refieren las futuras.

Pues bien, el cambio climático, el cambio climático, perdón, todos sabemos que es un hecho sometido a interpretaciones muy dispares y en fuerte lucha o disputa entre sí. Encontramos aquí ya una expresión de lo que se planteaba al inicio de esta intervención, la emergencia clara de futuros plurales y en disputa. En efecto, los numerosos estudios volcados en el problema climático muestran que hay múltiples maneras de concebirlo que van de la mano de ideas sobre la semántica y la pragmática del futuro en fuerte disputa e incompatibles. Esta multiplicidad la podemos reducir a cinco variantes principales. Cada una de ellas concibe el futuro climático de una manera, da un diagnóstico sobre sus causas y consecuencias, fija un modelo normativo de actuación y rechaza las otras maneras de enfrentar el problema.

La primera, la primera niega que haya propiamente un cambio climático, está en primer plano de las discusiones políticas actuales, o asegura en todo caso, que en el caso de que lo haya, no se pueda afirmar que sea antropogénico. Su expresión es el negacionismo, que, aunque ha ido perdiendo apoyo en la opinión pública, tiene a adalides muy poderosos que lo mantienen en vida. El negacionismo dice apoyarse en la incertidumbre, es un argumento fundamental, asegurando que los conocimientos que están a nuestra disposición no avalan que el cambio climático esté ocurriendo o que sea resultado de las prácticas civilizatorias de los humanos. En razón de esto, opta por la vieja política de dejar hacer y dejar pasar, y supone que los poderes públicos no están legitimados para actuar y apuestan por el mercado y en consecuencia por la vieja idea de un futuro pensado en los términos propios del progreso, según el cual, de las acciones atomizadas de los hombres, guiadas por sus egoísmos y sus miopías, se irá produciendo el mejor de los mundos posibles.

La segunda manera de plantear el tema reconoce tanto el cambio climático como su carácter antropogénico, así como la eventual gravedad del problema, pero propone que hemos de ir tomando medidas según vayan sucediendo las cosas, sin precipitarnos, y que para enfrentar los problemas graves que puedan surgir,

recurramos a las tecnologías de que ya disponemos o que seamos capaces de construir en el futuro. Es el planteamiento de lo que cabe denominar, y este es un discurso potentísimo en la actualidad, el discurso climático de la geoingeniería, pues se caracteriza por depositar todas sus esperanzas en efectivas respuestas tecnológicas a la acumulación de gases de efecto invernadero y sus lesivas consecuencias climáticas. Hunde sus raíces en el mito característicamente moderno de Prometeo, que da por seguro que la tecnociencia, que en parte ha sido la causa de la situación complicada en la que nos encontramos, será también el remedio que conseguirá enderezarla. El futuro aparece, así, como el objeto de una colonización tecnológica, segura y eficaz, que permitirá que se actualice el más beneficioso para la humanidad. Prometeo, aunque sufría individualmente, era optimista en términos colectivos.

Una tercera manera de abordar el problema puede llamarse institucional o, en términos más políticos, la llamo reformista. Digo institucional porque ha sido, y lo podremos ver más adelante, la que han hecho propias instituciones medioambientales internacionales, creadas justamente para hacerse cargo del problema. En este caso se reconoce que el proceso de cambio climático está en marcha y, dada su gravedad, debemos actuar sin más dilación. Pero, a diferencia del anterior enfoque, no se confía de forma unilateral en la capacidad de nuestros saberes tecnológicos para enfrentarlo. Y se propone que, al lado de estos, y hay que utilizar tecnología sin duda alguna, pero al lado de estos se tiene que proceder a sustanciales reformas que son a la vez económicas, políticas, culturales y sociales. El mensaje último es que son muchos los futuros posibles, algunos de los cuales se anuncian más bien como catastróficos, razón por la cual no podemos seguir insistiendo en los pobres remedios de bajo impacto que han adoptado hasta la actualidad. Su afán fundamental se encamina a la exploración del futuro que pone en cuestión ideas recibidas y muy extendidas. Lo veremos un poco más adelante.

Una cuarta manera de enfrentar el problema climático la protagoniza quienes reconocen el carácter antropogénico de la situación, prevén catástrofes inminentes y llaman a una transformación radical de la civilización, la sociedad y la cultura que está provocando esos desastres. Puede denominarse esta manera de diagnosticar el problema la opción radical, y así aparecen en sus debates. Dice que el problema no se puede solucionar introduciendo pequeñas reformas o insistiendo con variaciones en lo mismo, sino que ante la inminencia de un futuro de desastres y la incapacidad del sistema sociocultural tal como está conformado en la actualidad para enfrentarlo, hay que apostar decididamente por un cambio radical animado por la imagen utópica de una reconciliación final entre unos hermanos hermanados y una naturaleza tan maltratada como benévola.

Hay por último una quinta manera de atender el caso que se podría llamar catastrófica. Viene a decir que la situación es tan grave como irreversible, subraya además que los humanos tal como están conformados en el mundo actual son incapaces de enfrentar el problema, cambiarse a sí mismos y dar con una solución con soporte social suficiente. En consecuencia, se viene a concluir en modo distópico, estamos abocados a que la civilización agresiva que hemos construido a lo largo de milenios colapse. Solo entonces la naturaleza respirará aliviada ante nuestra desaparición o la supervivencia de unas pocas comunidades de ascetas virtuosos. La imagen de un futuro apocalíptico que ya ha empezado o está a punto de hacerlo y la distopía hacia la que parecemos condenados son propuestas tópicas de esta aproximación al problema del cambio climático.

Es obvio que las cinco aproximaciones que he diferenciado constituyen tipos ideales. En consecuencia, es más que posible que las posturas reales cambien y combinen aspectos de unas y otras. Pero, en cualquier caso, creo que estas cinco variantes nos pueden valer para retrasar en su verdadera complejidad el intrincado problema que enfrentamos cuando nos ponemos a pensar el futuro en la coyuntura actual, tal como subrayaba Morin e Innerarity. Si aceptamos (e insisto, creo que lo deberíamos hacer), si aceptamos, digo que el cambio climático es el tema de nuestro tiempo o por lo menos un tema mayor o fundamental, y comprobamos que a la hora de enfrentarlo difieren tajantemente las ideas de futuro que dominan las disputas socioculturales y entre ellas las diferencias no son menores, sino esenciales, entonces deberíamos concluir que el asunto que nos preocupa es de una enorme complejidad y que no parece que dispongamos de recetas fáciles para solucionarlo.

En efecto, a poco que atendamos a las cinco propuestas que están en pugna en la arena climática, es fácil que concluyamos que encarnan al menos tres de las maneras más relevantes de entender el futuro que se han disputado la mente y la acción de los hombres a lo largo de los últimos 5,000 años. Por un lado, está la sólida idea del futuro que se asienta con la modernidad y que viene a decir que el futuro comporta novedades, que estas novedades son productos de la acción del hombre y que el resultado final es la mejora constante de la suerte de la humanidad. Esta es una de las maneras. El negacionismo, pero también el prometeísmo tecnológico que organiza la geoingeniería coinciden en situarse a la luz de esta forma de concebir el futuro.

Por su parte, el catastrofismo climático recoge ecos de algunas de las variantes más pesimistas del presentismo posmoderno. Comparten con él la idea de un futuro desaparecido e irremediable y la consiguiente condena a un presente sin asideros. Es más, si hilamos más fino, es posible que esta manera de concebir un futuro de destrucción catastrófica tenga mucho que ver con las ideas tradicionales, llamémosle postmodernas, digo premodernas, perdón, que ligan el porvenir que se nos echa

encima al castigo por faltas rituales o por los pecados cometidos. En estos casos, unos humanos que han ultrajado a la diosa tierra reciben su justo castigo y hemos de alegrarnos por ello.

Por otro lado, las otras variantes, las que denominaba variante reformista institucional y variante radical, están muy centradas en la conformación práctico-semántica del futuro, pero el futuro que conciben no es el ancestral de Edipo, del cristianismo, ni tampoco propiamente el de la modernidad, ni desde luego el futuro desaparecido y reducido al puro presente de los posmodernos. Es un futuro distinto, que, como veremos, amplía mucho el horizonte a contemplar. No confía en exclusiva en mecanismos de mercado que aseguren el mejor de los mundos posibles. Pone objeciones a la capacidad prometeica de labrar autónomamente el porvenir de los humanos. Atiende a la incertidumbre, pero quiere incorporarla al mundo de las decisiones y se atiende a la posibilidad de que las cosas que podrían salir bien salgan mal y que sea la catástrofe la que tengamos por delante.

Para comprobarlo, lo mejor es proceder a una especie de estudio de caso limitado. Quisiera centrar la atención en los informes del IPCC, es decir, por sus siglas en inglés, los informes del Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático, la agencia creada por Naciones Unidas en 1988. Es, como es sabido, una agencia pública que desde su creación trabajaba de forma continuada en esto, en hacer un acopio de lo que podemos saber sobre el cambio climático: su derivado, sus causas, sus tendencias dinámicas, sus consecuencias y las prácticas de adaptación, resiliencia y mitigación que podemos oponerle. Es el exponente más claro, a mi entender, de lo que he denominado anteriormente el enfoque institucional o reformista.

Como saben, ha producido un conjunto impresionante de informes, entre los que destacan los informes generales de evaluación. En marzo de este año, hace nada, se ha hecho público el sexto informe de síntesis, que es ciertamente un documento de lectura obligada para todos los interesados y comprometidos con este problema. El tema que me interesa es la idea de futuro que está inscrita en esos informes, es decir, el futuro que se presupone en sus análisis y recomendaciones. Como veremos, nada tiene que ver con el presentismo de los postmodernos y su desatención al futuro, pero tampoco con la idea moderna de un futuro abierto y encaminado hacia lo mejor, ni desde luego con la idea tradicional de un futuro ya constituido, resistente a los deseos de comprensión y conformación de los humanos. Si atendemos a lo que se propone, sobre todo en los últimos tres informes generales de evaluación, publicados en el 2007, en el 2014 y en el 2021-23, encontraremos una serie de rasgos diferenciales en su manera de concebir el horizonte de futuro.

La primera idea distintiva es que deshecha los tópicos posmodernos sobre la desaparición del futuro. Eso son tonterías de la lucha cultural. La propuesta clara y

constante de los informes del IPCC es que vivimos en una realidad futurizada, nos guste o no, en la que lo relevante, lo que ha de ocuparnos es que atendamos, no a lo que pasa actualmente, sino a lo que puede pasar en el futuro. La segunda idea que me parece característica retoma, pero amplía, algo que estaba en el futuro de los modernos, y es que el futuro ha de ser concebido como un escenario que se despliega en el tiempo frente a nosotros, suponiendo que ese escenario tiene una enorme profundidad que deberemos recorrer y explorar. En concreto, los informes exploran de manera sistemática un escenario de futuro de una profundidad que suele situarse alrededor de los 100 años, aunque con frecuencia va más allá. Y no se pretende que lo que allí se pueda contemplar sean ensoñaciones o cosas vagas, sino más bien entes, actantes, acontecimientos y procesos muy concretos, a los que se ponen fechas y que se pintan muy a las claras para que nos entren por los ojos, los reconozcamos y eventualmente logren preocuparnos.

La tercera idea que dominan todas las indagaciones es que no se plantea el futuro como una variedad atomizada de cosas por venir, sino como un conjunto de escenarios concretos. Es el término, el concepto fundamental, el concepto de escenario. Un conjunto de escenarios concretos interrelacionados y en ocasiones alternativas. Estos escenarios no fijan tanto lo que va a ocurrir, sino lo que puede ocurrir. Es decir, permiten contemplar un conjunto de futuros posibles. Resulta así que para el IPCC el futuro es un conjunto de futuros posibles que se exploran en forma de escenarios. Algunos presentan una proyección hacia adelante de lo actual en el caso de que nada se hiciera y la acumulación de gases de efecto invernadero siguiera el curso mantenido hasta el presente. Otros son escenarios imaginativos resultantes de la toma en consideración de eventuales transformaciones sociales y naturales. Otros resultan escenarios muy interesantes y son escenarios retroproyectivos que fijan algo que podría ocurrir para explorar lo que podríamos hacer para esquivarlo o conseguirlo. Incluso hay escenarios catastróficos en los que se escenifican las desgracias que pretendemos evitar.

A estas tres ideas se suman al menos otras dos muy relevantes. La primera destaca la incertidumbre propia de todo lo que sabemos sobre lo que ocurre o pueda ocurrir. Los informes del IPCC están vertebrados por la declaración de la incertidumbre. Esto es fundamental. Este continuo aumentar la incertidumbre de lo que se observa hace que la exposición de los informes esté de continuo puntuado por el reconocimiento del carácter más o menos fiable de las evidencias de que disponemos o, cuando es posible, de la variada probabilidad de que algo que consideramos se dé ahora o se dé en el futuro. Este énfasis en la incertidumbre es ciertamente peculiar, pues atiende preferentemente a la variante epistémica de la incertidumbre que nos invita a pensar que lo que ahora es incierto dejará de serlo si seguimos indagando. Pero aunque se atienda preferentemente a esta variante y se tienda a presentar los desastres que nos

acechan en el marco categorial de riesgo, es decir, fijando probabilidades que invitan a cálculos decisionales, también es cierto que en algunos contextos de análisis se apuesta por resaltar la ignorancia de fondo en la que estamos instalados y una acorde incertidumbre ontológica que nos dice no solo que no podemos alcanzar la certeza ahora, sino que es posible que no podamos alcanzarla nunca. En uno o en otro caso, la incertidumbre aparece como protagonista, desbordando así lo que era característico del optimismo cognitivo del futuro moderno que encontraba en las series que desembocaban en el presente las regularidades que permitían pronosticar, prever y prevenir con alta seguridad el futuro.

Por el contrario, el futuro de los informes sobre el cambio climático no aparece como de fácil colonización, aunque eso no comporte que esté cerrado a la acción racional de los humanos. Es esta última idea a la que quiero resaltar. El futuro contemplado es ciertamente un cúmulo de riesgos, en el sentido amplio de que está abierto a daños que nos importa evitar, aunque hayamos de conseguirlo en una situación plena de incertidumbres.

¿Qué podemos hacer entonces? Desde luego no podemos quedarnos cruzados de brazos, hemos de actuar. El llamado a la acción es una constante en los informes sobre el futuro climático. Aunque se opte por la ambigüedad a la hora de especificar las medidas concretas a tomar cuando tienen espesor económico, social o político de calibre. Ese llamado a una acción en principio salvadora se matiza destacando que las actuaciones que podemos realizar para sortear los riesgos climáticos pueden llevar a agudizarlos. Hay algo así como un recuerdo de la ironía trágica que en realidad está muy arraigada en nuestra manera de ver las cosas, aunque haya potentes maquinarias culturales que la quieran sepultar. Esa ironía nos obliga a estar vigilantes, a atender a los resultados no intencionales de lo que hacemos y a concebirnos no tanto como prometeos liberadores, sino como actores modestos que deben ser sensibles a las consecuencias perversas de sus acciones mejor intencionadas.

El análisis del futuro implícito en los informes del IPCC se podría profundizar más y completar, pero ya con lo apuntado tenemos base suficiente para alcanzar el objetivo que pretendía y es destacar que pensar el futuro en la actualidad no sólo es urgente e insoslayable, pues está entrañado en el tema de nuestro tiempo, sino que además ese futuro tiene características que contrastan vivamente con las que se presuponían los debates de la modernidad y la posmodernidad. Estamos ante un problema nuevo que requiere soluciones nuevas, un problema que activa formas novedosas de concebir el futuro y las futurizaciones. Los temas emergentes son la centralidad ciertamente del futuro, la profundidad, la precisión cronométrica y la vivacidad de los escenarios de futuro a considerar, las llamadas de atención ante la proliferación de incertidumbres mayores, que no son despejables, el énfasis en la urgencia de la acción, pero

insistiendo en un genérico principio de prudencia muy alejado del optimismo prometeico de la idea de progreso.

Y voy concluyendo, concluyo ya, es decir, dentro de un momento, sosiego. El tema que estamos pensando es enorme descubrimiento de lo que se ha escuchado, complejo. Pero su complejidad no debería llevarnos al desánimo, pues nada ganamos optando por la lamentación.

Hemos de contemplar las cosas que enfrentamos con realismo, asumiendo simplemente las tareas que demandan los tiempos que vivimos. Quisiera en este sentido y para acabar de forma constructiva, dar algunas indicaciones sobre cómo dirigirnos, aunque sea en tono menor o incluso en tono muy menor.

La primera indicación apunta hacia uno de los problemas que enfrentamos. Nos encontramos ante futuros plurales y en disputa. Y no solo me refiero a lo que hemos visto en las luchas medioambientales, estaba bien claro, sino a lo que es patente en el mundo social en el que vivimos. El futuro en el caso de la política o en el de la economía o en el de la cultura difiere del que hemos visto emerger en el caso de la ciencia del cambio climático. Todo esto plantea, Innerarity insistía en ello, problemas de coordinación o de integración. Pero, esta es mi opinión, caeríamos en el mayor de los errores si optáramos por una simplificación que prime uno de esos tiempos y su correspondiente futuro sobre los demás. Vivimos, nos guste o nos disguste, en sociedades diferenciadas que no están ni pueden estar pre-harmonizadas. En consecuencia, estamos abocados a una negociación perenne de sus tiempos decisivos, que en este caso es una negación, una, perdón, una negociación entre sus futuros propios.

¿Cómo podemos hacer concordante lo discordante? ¿Cómo podemos temperar lo tensionado? Ha sido siempre, a decir dos de sus mejores pensadores, Paul Ricoeur y Giacomo Marramao, la tarea que el tiempo ha enfrentado. Eso sigue siendo verdad en la actualidad. También debemos temperar. Marramao decía, el tempus viene de tempesta y temperare. También debemos temperar, concordar futuros disímiles y en disputa, generando un entramado siempre precario y a replantear.

La segunda indicación que quiero hacer se refiere a las tecnologías de la incertidumbre. El futuro es constitutivamente incierto, evidente. Lo ha sido siempre a pesar de que se hayan ido construyendo asideros de sentido, así los podíamos llamar, asideros de sentido, que prometían limitar lo incierto, recurriendo a ideas tan brillantes como el destino, la providencia o el progreso. En la actualidad solemos asirnos a otra idea igualmente brillante, el riesgo. Nos permite el riesgo de reconocer la incertidumbre, atender a las posibilidades de daños y males, pero limitando uno y lo otro, utilizando técnicas de cálculo y modelos decisionales formalizados. El problema

radica en que ese asidero de sentido y sus tecnologías correspondientes muestran sus limitaciones cuando se aborda problemas tan complejos como el del cambio climático. Ante él está limitada nuestra capacidad de previsión o de prevención, que permite por medio de seguros compensar y paliar los males que se nos puedan venir encima. La incertidumbre que enfrentamos con el cambio climático no siempre se puede reducir a probabilidades calculables. Está abierta a sorpresas destructivas y contempla la posibilidad de puntos de no retorno con destrucciones irreversibles. Y esto lo reconoce incluso el IPCC.

¿Qué hacer entonces? Tal vez tres cosas. Primera, explorar expectativas ficcionales más matizadas que aseguren la prudencia y la modestia en nuestras actuaciones. Esto parecerá alta metafísica, pero lo fundamental. Expectativas ficcionales, cuentos que nos cuentan cosas que nos permiten ver el mundo en términos de prudencia y modestia actorial. Segunda, invertir como ha resultado obvio tras la experiencia traumática de la reciente pandemia del coronavirus, en el principio que se ha llamado de preparación, que ante lo incalculable y lesivo opta por asegurar las infraestructuras que nos permitan responder a las pruebas inimaginables que se nos ponga. Y tercera y última, explorar las potencialidades de otro principio prudencial que va más allá de las tecnologías del riesgo y que está en el centro de los debates medioambientales, como es el caso, por ejemplo, del principio de precaución que, aunque polémico, he interpretado de forma muy variada, plantea la hipótesis de saber y actuar cuando no se sabe a ciencia cierta y no se tiene claro qué hacer. Estas son las virtudes del principio de precaución. Y con esto llego a la tercera y última indicación. Hace ya bastantes años, Silvio Funtowicz y Jerome Ravetz propusieron la idea de la ciencia posnormal. La definían de una manera que nos ha de resultar cercana por lo que hemos analizado. Proponían que era la ciencia que surge cuando los hechos son inciertos, los valores están en disputa, mucho lo que está en juego y las decisiones son urgentes. Es un retrato cabal, plenamente cabal, de la situación en la que nos hallamos ahora y nos hallaremos en el futuro. En tal situación se plantea el problema de la ciencia, incluso la ciencia como problema. No podemos ni debemos renunciar a ella ni a los especialistas que la producen, pero los problemas que enfrentamos son los propios de una ciencia posnormal en la que los especialistas no pueden tener el monopolio del saber y son incapaces de dictar las recetas curativas. La alternativa sería la democratización de la ciencia, pero lo que esto significa no es fácil de decir. Lo importante es que nos lo planteemos de manera seria y constante, y esto es crucial pues los problemas que plantea la acción sobre el Cambio Climático y sus escenarios de futuro cargados de incertidumbres llaman sobre todo a una actitud colectiva que rompa con el desánimo, la despreocupación y la tendencia a inhibirse ante algo que ni se entiende ni se sabe cómo actuar. Y las encuestas cuantitativas y cualitativas que se hacen, por lo menos las que yo he hecho, muestran esto: inhibición, desánimo y

despreocupación. Aunque sí, deber moral de preocuparse por ello, pero que no se traduce en una praxis concreta. Este es el gran problema que debemos enfrentar.

¿Seremos capaces de hacerlo? ¿Estaremos a la altura de lo que los tiempos demandan? Bueno, seré optimista, espero que sí. ¿Cómo lo haremos? Bueno, no está claro. Confieso que no está claro, pero lo fundamental es que las soluciones que demos estén abiertas siempre al escrutinio ulterior. Esto es importante. Y sean atendidos y tomados en consideración los variados actores que configuran esta humanidad entre distraída y atemorizada de la que formamos parte.

Como dijo alguien con muy buena cabeza para pensar, nuestra tarea es paradójica: debemos saber lo que no podemos saber. Por lo tanto, solo nos queda ir aprendiendo junto de nuestros errores, desconfiando de que haya un final feliz y garantizado. Acabo con esto. Gracias por la atención.

Preguntas – Conferencias magistrales

Moderador: En democracia, ¿cuál sería la forma de afrontar los retos ecológicos que la inteligencia artificial nos plantea?

Daniel Innerarity: Vamos a ver. La inteligencia artificial y la digitalización en general, a pesar de lo que la terminología parece indicar, se habla de la nube, se alude a un espacio etéreo e inmaterial, tiene una gran carga ecológica, es muy sucia, por así decirlo, y toda la economía de datos implica un gran consumo energético. De hecho, buena parte de los lugares donde se acumulan esos datos están cerca de espacios centrales donde se produce energía. Hay basureros de... producimos una cantidad de basura digital con nuestros ordenadores, teléfonos, etcétera, con su obsolescencia programada. Además, buena parte de los materiales con los que se realiza la digitalización proceden de metales raros que vienen de países donde hay grandes conflictos. Una de las cosas que tenemos que revisar es hasta qué punto la transformación digital está en contradicción con la transformación ecológica. Ese fue uno de los motivos de un congreso que organizamos en Bilbao el año pasado sobre esta temática.

¿Cómo se afronta eso? Hay quien dice que, en general, los riesgos ecológicos son difíciles de afrontar en democracia porque la democracia no permite, como hemos visto y ha explicado Ramón también, no tiene muchos incentivos para visiones estratégicas de largo plazo y de planificación. Allí parece que, si renunciáramos a la democracia a decir, a los procedimientos deliberativos, abiertos, de libre discusión, y lo sustituyéramos por una planificación centralizada, dudo mucho de que pudiéramos resolver la crisis ecológica, pero es que además tendríamos otro problema de crisis democrática, con lo cual, las crisis planteadas por nuestro daño al medio ambiente o la

resolvemos en el interior de la democracia y de acuerdo con los procedimientos y sus valores, o si tratamos de resolverlo fuera, dudo de que seamos capaces de resolverlo y además generaríamos otro problema también más grave.

Moderador: ¿Cómo concientizar a los jóvenes sobre las implicaciones que representan un reto de la futurización cuando generacionalmente han visto diversos beneficios como la inmediatez y la velocidad de acceso a la información?

Ramón Ramos: Bueno, esto... Está abierto, no sé. Jóvenes hay muchos. Y algunos que, pareciéndolo, no lo son también. En el sentido de que el problema de cómo... dar sentido a la experiencia del mundo que se tiene, cuando se ha nacido con algo que está vertebrado a partir de la velocidad, la proliferación de mensajes, etcétera, ¿cómo dar cuenta de eso? Evidentemente, no es una cosa fácil y está abierto a muchas variantes.

Yo, en mis investigaciones empíricas, que de alguna manera intentaban recoger lo que yo llamaba el tiempo vivido, estudiaba a varios colectivos diferenciados de jóvenes. Y aunque todos tenían una fuerte autoconciencia de su propia juventud, y eso lo situaba en el tiempo, sin embargo, daban lugar a respuestas muy distintas. Había algunos jóvenes que se sentían atrapados, una especie de, digamos, de hiper-singularidad tremendamente densa que los pegaba al presente y que no les permitía ir más allá de eso, y que habían desarrollado como racionalidad adaptativa una especie de, bueno, pues gocemos ya que estamos en ello, gocemos aquello en lo que estamos.

Había otros que desarrollaban un discurso más crítico. Crítico no en sentido que tuviese una alternativa construida, sino que se resistían y mostraban la falta de justificación y legitimidad del mundo de trabajos precarios en el que estaban situados. Y haciendo esto, en realidad, querían asomar la cabeza por la ventana del futuro, ir más allá de la pequeña celda de reclusión del presente.

Y había otros también que estaban ya metidos en los primeros escalones de potentes burocracias económicas que tenían incorporadas plenamente esas expectativas funcionales del progreso que habían aprendido en su casa, en el colegio, en los medios de comunicación. Y, por lo tanto aceptaban, no utilizaban la expresión de María Zambrano, porque no habían leído a María Zambrano, evidentemente, pero aceptaban la idea del presente sacrificial. Sí, me estoy sacrificando. Estoy sin poder aprovechar una oportunidad única, que es la de ser joven, pero de alguna manera tengo por delante ciertas posibilidades que después justificarán mi experiencia sacrificial del presente.

Con esto digo, hay muchos tipos de jóvenes, y sería, yo creo, una hipersimplificación intentar dar cuenta de la sociedad en la que vivimos en términos de estratos de edad. Una persona madura de 50 años, llamémoslo madura, hay algunos a quienes la

madurez les llega muchísimo más tarde o no le llega nunca, pero una persona madura de 50 años, claro, tiene una visión de su experiencia, y utiliza a priori temporales, vamos a llamarlos así, a priori temporales, es decir, cosas que son anteriores a la experiencia y son discursos que están a la mano y que me permiten dar sentido a lo que veo. Que no tiene nada que ver con otros que están en 50 años. Yo, esto, recuerdo haber analizado el caso de cincuentones en paro, un paro ya de larga duración, y que estaban aterrorizados, como si estuviesen atrapados en un cepo que no había quien abriera, y que además se sentían despreciados por todo aquello que ellos querían haber construido.

Mi hijo, cuando llega a casa, me mira con desprecio, decía, y yo no sé qué hacer, pero casi se le veía una reacción de violencia. Eso que estábamos en un grupo de discusión, donde la gente sabe que es contemplada por muchos y hay que atenerse un poquito a ciertos modales.

Esos tenían poco que ver con otros que estaban situados... O, por contrario, también gente que tenía una preocupación fuerte por las condiciones medioambientales en las que vivíamos, y querían darle alternativas, pero veían las tremendas dificultades en las que estábamos. Últimamente, las últimas investigaciones que están haciendo sobre temas de preocupación climática, lo que muestran es justamente eso. Ahí conviven mundos muy heterogéneos. Y lo que está por detrás, y lo comentaba antes con la doctora Valencia, es una tendencia estéril a la hipermoralización del mundo y al aterrizaje de categorías religiosas que no son muy operativas en este campo. Evidentemente, diciendo esto, me enfrento con una parte de la sala, pero me da lo mismo. He sentido que creo que es así, creo que es así, porque nuestra tendencia inicial es ver las cosas en términos de moralización y en términos de las viejas categorías religiosas en las que hemos sido socializados.

Los jóvenes lo ven de muchas maneras, y de algunas maneras de manera muy desesperada. No tienen un futuro al que acogerse.

Moderador: ¿Cuál sería el papel de las instituciones de educación superior como esta para la creación de una gobernanza anticipatoria para crear un mundo mejor, un mejor futuro?

Daniel Innerarity: Es una pregunta interesante. La universidad, como los jóvenes descritos por Ramón, se dice de muchas maneras, hay muchas facultades, en la universidad hay gente más cercana a la praxis, hay gente más teórica, hay filosofía, hay sociología, hay medicina, y dar a todos la misma respuesta me parece que es muy difícil. En última instancia, creo que la respuesta a esa pregunta tendría que ir por la línea y decir qué parte de la universidad tendría que ir por la línea y decir qué papel juega el conocimiento en la resolución de los problemas comunes de la sociedad. Y

aquí nos encontramos ante una doble respuesta. Por un lado, el papel que jugamos es enorme, porque la mayor parte de los problemas que tienen las sociedades son problemas que requieren una gran movilización cognitiva, una gran puesta en común de conocimiento, todo lo discutible y lo polémico que ese conocimiento pueda ser, sin querer con esto decir que la ciencia tiene las respuestas a los problemas prácticos (la ciencia tiene respuestas, en el mejor de los casos, a los problemas de la ciencia, no a los problemas políticos, que es otra cosa distinta), pero, por un lado, tenemos esa realidad de que necesitan una gran movilización de conocimiento, una gran puesta en común de conocimiento para las decisiones colectivas. Y, por otro lado, quienes nos dedicamos a la ciencia tenemos que reconocer también nuestros límites internos y externos, internos en el sentido de que hay muchos saberes y muchas perspectivas sobre la realidad, y externos en el sentido de que no es nuestro oficio en decirles a los políticos lo que tienen que hacer, sino poner a la disposición de todos, incluidos los políticos, un saber de la mejor calidad posible. Pero la política tiene otros requerimientos distintos de la ciencia, otros ritmos, otra legitimación.

Recuerdo que, durante la pandemia, en España, un grupo de epidemiólogos publicó un manifiesto en el que venía a decir que los políticos tienen poder, pero no saben lo que hay que hacer. Nosotros sabemos lo que hay que hacer, pero no tenemos poder. Ese esquema, según el cual unos sabrían y otros tienen poder, pero no saben, me parece que es un esquema tremendamente simplista.

La ciencia tiene que... y la universidad, que no es la única, pero es una de las grandes productoras de conocimiento, tiene que poner ese saber a la disposición de quienes toman las decisiones y, en última instancia, de la ciudadanía que entiende y juzga las decisiones, pero tiene que saber también que hay una lógica de la política que es diferente de la lógica de la ciencia y que tenemos que saber respetar.

Donatella Di Cesare

Mi conferencia tiene el título “Democracia inmunitaria, el estado contra los migrantes”. En los debates sobre la democracia se analizan maneras de defenderla, reformarla, mejorarla, sin cuestionar sus fronteras y el vínculo que la mantiene unida: la fobia al contagio, el miedo al otro, el terror a lo que está fuera. Así se pasa por alto que la discriminación ya está latente.

La arquitectura política contemporánea capta y expulsa, incluye y excluye. Es en este contexto donde puede funcionar la democracia inmunitaria, lo que yo llamo la democracia inmunitaria. Cabe señalar que el adjetivo no es en absoluto inofensivo, promete perjudicar y dañar la democracia.

¿Se puede hablar verdaderamente de democracia allá donde la inmunización vale para unos y no para otros? A menudo se olvida que existen varios modelos opuestos incluso de democracia. El nuestro está cada vez más lejos del de la polis griega, al que sin embargo nos encanta referirnos. No se puede seguir, como hacen algunos, una visión entusiasta de la democracia griega, ignorando la exclusión de las mujeres y de los esclavos. Pero, a pesar de todo, para los ciudadanos griegos era importante participar, la participación.

En el mundo moderno es válido, en cambio, un modelo que después de haberse desarrollado en la democracia estadounidense se ha ido difundiendo en el mundo occidental y occidentalizado. Se puede resumir en esta fórmula: no me toques. Esto es todo lo que los ciudadanos exigen de la democracia: no me toques. Personas, cuerpos, ideas deben poder existir, moverse, expresarse, sin ser tocados; es decir, sin ser inhibidos, forzados, prohibidos por una autoridad externa. Al menos en la medida en que sea realmente inevitable.

Toda la tradición del pensamiento político liberal ha insistido en esta idea negativa de libertad. No se pide participación, en cambio se busca protección. Si al ciudadano griego le interesaba compartir el poder político, al ciudadano de la democracia inmunitaria le preocupa sobre todo su propia seguridad. Se puede decir que esta es precisamente la limitación más grave del liberalismo que con ello confunde garantía y libertad. Esta visión negativa afecta a la democracia reducida a un sistema de inmunidad que debe salvaguardar la vida humana en sus múltiples aspectos.

A medida que se ha ido imponiendo este modelo, han ido aumentando las exigencias de protección. Para las ciudadanas y los ciudadanos muchas veces disfrutar de la democracia no significa más que beneficiarse de manera cada vez más exclusiva de derechos, garantías, defensas.

El “no me toques” es la contraseña tácita que inspira y guía esa batalla, como se dice batalla de los derechos, en la que a menudo se cree ver sobresalir el frente más avanzado de la civilización y del progreso. Por supuesto que esas luchas han sido y siguen siendo relevantes, pero el punto en cuestión es otro. La condición de inmunidad reservada para los unos, los protegidos, los preservados, los amparados es negada a los otros, los expuestos, los rechazados, los abandonados. Se espera atención, asistencia, derechos para todos, pero el todos es una esfera cada vez más cerrada. Tiene fronteras, excluye, deja atrás de sí residuos, restos. La inclusión es un espejismo ostentoso. La igualdad es una palabra vacía que ahora suena como una afrenta. La brecha se abre cada vez más, la fisura se vuelve más profunda. Ya no es solo el apartheid de los pobres. El factor discriminante es precisamente la inmunidad que cabe el surco de la separación ya dentro de las sociedades occidentales y más aún fuera de ellas.

En el hinterland de la miseria, en las periferias planetarias de la desesperación y de la desolación. Allí donde sobreviven los perdedores de la globalización, no llega el sistema de garantías y seguros. Internados en los campos, abarcados en los vacíos urbanos, desechados y acumulados como desechos, esperan un posible reciclaje. Pero el mundo del usar y tirar no sabe qué hacer con todo este excedente. Esta otra humanidad está entregada y expuesta a violencia de todo tipo: guerras, genocidios, hambre, explotación sexual, nueva esclavitud, enfermedades. Los dispositivos de control y protección en nuestro mundo coinciden con el desorden y el desencadenamiento de fuerzas naturales en el otro mundo.

En el fondo, el ciudadano inscrito en la democracia liberal cree que el abandono de los marginados depende de la incivilidad de estos. El paradigma inmunitario está en la base de la frialdad imperturbable que ostentan las personas inmunes ante el dolor de otros. Allá el dolor es un destino esperado, una inevitabilidad. Aquí se debe mitigar la más mínima enfermedad, se debe eliminar la más mínima molestia. Esto también es una frontera. La anestesia forma parte de la historia democrática. Por esto, inmunizarse significa también anestesiarse. Así uno puede ser un espectador impasible de terribles injusticias, crímenes feroces, sin sentir angustia, sin revelarse de indignación. El desastre divaga por la pantalla sin dejar rastro.

A pesar de estar conectado, el ciudadano inmune está ya siempre desconectado, libre, exento, ileso. La anestesia democrática anula la sensibilidad, paraliza el nervio expuesto. Hablar de indiferencia, como hacen hoy muchos, significa reducir una cuestión eminentemente política a una elección moral del individuo. Al final, también el tema del racismo puede ser un ejemplo. Se trata más bien de un tétanos afectivo, una contracción espasmódica que causa entumecimiento irreversible. Cuanto más eficiente y exclusiva se hace la inmunización para los que están dentro, más implacable se vuelve la exposición de los superfluos allá afuera. Así es como funciona la democracia inmunitaria.

La doble vía ya había sido bien probada por la experiencia totalitaria. En su célebre análisis, Hannah Arendt, lanzaba más de una advertencia: las “no personas”, esa espuma de la tierra que flota entre las fronteras nacionales, iban a acabar por ser devueltas a una condición de naturaleza, a una nuda vida, en la que iba a ser imposible preservar incluso la humanidad. Se apuntaba con el índice al naufragio de los derechos humanos.

En el mundo actual, que, borrando la memoria en una especie de borrón y cuenta nueva, ha creído separarse del pasado, ha creído separarse del pasado totalitario, la doble vía se ha convertido en una dualidad establecida, una división dibujada por el propio movimiento de la civilización, un reparto que se ha hecho pasar por lucha contra la barbarie, contrabandada como progreso democrático.

Por supuesto que la condición de inmunidad no es un derecho garantizado, sino una regla general que varía según la dinámica del poder, incluso dentro de las democracias liberales. Basta pensar en el cuerpo de mujeres que están en riesgo de sufrir abusos y discriminación tanto en el hogar como en el lugar de trabajo.

Lo importante es que la inmunización aspira a proteger el cuerpo y la mente de cada ciudadano. Las formas de aversión se multiplican, la fobia al contacto se extiende, el movimiento de retirada y aislamiento se vuelve espontáneo. Precisamente, en ese retirarse y aislarse se vislumbra la tendencia del ciudadano a alejarse de la polis y de todo lo que constituye que hace común.

Está desafecto, pero es justo la anestesia de ciudadano inmunizado, la baja intensidad de sus pasiones políticas que lo convierten en espectador impasible del desastre del mundo, es lo que hoy constituye su condena.

Donde prevalece la inmunidad, falla la comunidad. Hoy es un miedo muy impreciso, no es solamente el miedo de la muerte, sino un miedo muy impreciso, amplio e incierto que coagula de vez en cuando la comunidad de un nosotros fantasmagórico.

En la palabra latina *inmunitas* está presente la raíz *munus*, un término difícil de traducir que significa tributo, regalo, carga, pero en el sentido de una deuda no pagable nunca, de una obligación mutua que vincula inexorablemente. Estar exento, estar dispensado significa ser inmune; lo contrario de lo inmune es lo común. Entonces individual y colectivo son en cambio las dos caras simétricas del régimen inmunitario.

Común indica la compartición de la obligación recíprocas. No se trata de ninguna manera de una fusión, formar parte de una comunidad implica estar atado, vinculado el uno al otro, constantemente expuesto, siempre vulnerable. Aquí la razón por la que la comunidad es constitutivamente, debe ser, constitutivamente abierta. No puede presentarse como una fortaleza idéntica a sí misma, cerrada, bien defendida, protegida. En ese caso sería más bien un régimen inmunitario. De hecho, lo que ha sucedido, especialmente en los últimos años, es un malentendido paradójico por el cual se intercambia la comunidad con su opuesto, la inmunidad. Esta deriva está ahí a los ojos de todos. La democracia debate así entre dos tendencias opuestas e irreconciliables. Aquí, yo creo, se juzgará su futuro.

La democracia inmunitaria tiene poca comunidad, ahora está casi desprovista de ella. Cuando se habla de comunidad se hace referencia solo a un conjunto de instituciones que depende de un principio de autoridad. El ciudadano está sujeto a quienes le garanticen protección y se protege del riesgo del otro. La política inmunitaria rechaza

siempre y de cualquier forma la alteridad. La frontera se convierte en el cordón sanitario.

Todo lo que viene de fuera reaviva el miedo, despierta otra vez el trauma contra el cual cree haberse inmunizado el cuerpo de los ciudadanos. El extranjero es el intruso por excelencia. La inmigración surge entonces como amenaza más inquietante. La actual política migratoria, me refiero en particular a la política migratoria europea, la actual política migratoria es una política inmunitaria. Para reafirmar su poder soberano, el estado retiene al migrante la frontera. Puede admitirlo en el espacio que gobierna tras los controles necesarios o rechazarlo. Para lograr este fin, el estado está dispuesto a violar flagrantemente los derechos humanos.

La frontera se convierte así no solo en la roca contra la que naufragan tantas vidas, sino también en el obstáculo erigido contra cualquier derecho a emigrar. Esta contradicción es tanto más estridente en el caso de las democracias occidentales que surgieron proclamando los derechos del hombre y del ciudadano. Así sale a la luz este dilema. ¿Cuentan los derechos del hombre o los derechos del ciudadano? ¿Cuentan los derechos, digamos, humanos o los derechos de los ciudadanos? Hoy en día la migración está estrechamente vinculada al estado moderno. En sus esfuerzos por proteger sus fronteras son los estados los que discriminan, los que marcan la barrera entre ciudadanos y extranjeros. Sin esta discriminación el estado no existiría. Las fronteras asumen un valor casi sagrado, pues es así que el estado puede constituirse, puede de hecho estar, ser un estado. En el sentido de Maquiavelo, exactamente lo contrario de la movilidad: cuanto más imperativa es esta tarea, como en el estado-nación, más tenaz resulta la aspiración a la inmunidad y a la identidad.

Es obvio que los ciudadanos contemplan la migración desde dentro, atrincherados tras las fronteras estatales. La perspectiva inmunitaria y, yo digo también, estado-céntrica domina en el debate público. No es casualidad que las cuestiones giran únicamente en torno a cómo gobernar y regular los flujos. Las diferencias son, en el mejor de los casos, entre quienes ven en los migrantes una posibilidad útil, una oportunidad y quienes denuncian su peligrosidad.

La visión estado-céntrica es siempre normativa. A los ciudadanos miembros del estado se les concede la libertad de decidir, la prerrogativa de acoger o excluir el extranjero que llama a su puerta. El poder soberano de decir “no” parece incuestionable e indiscutible. La primacía de los ciudadanos consiste en controlar la frontera y gobernar la residencia. Esa primacía articula una gramática de nosotros y de lo nuestro, de lo propio y de la propiedad. Lo que importa es nuestro país del que los ciudadanos se consideran legítimos propietarios y, por tanto, están autorizados a denegar o restringir el acceso a los extranjeros.

Aquí se esconden graves confusiones. Se imagina que la ciudadanía equivale a la propiedad de la tierra y se imagina, sobre todo, que se puede decidir con quién se cohabita. Se trata de la ideología que se basa en la supuesta homogeneidad, es decir, en la integridad de una nación y en la propiedad de la tierra. En cuanto a la integridad nacional, a nadie se le escapa que el Estado no es una comunidad nacional homogénea. La cultura tampoco puede entenderse como una propiedad identitaria. Cuando se pretende defender una homogeneidad étnica, resurgen los viejos fantasmas del *ius sanguinis* y del *ius soli*.

Aún más nocivo es el derecho a la tierra. Aquí existe la idea errónea de que ser ciudadano significa ser propietario del lugar donde se vive. En pocas palabras, el territorio del Estado sería propiedad privada de los ciudadanos que lo habitan. Como si todos tuvieran derecho a una parte de esa propiedad colectiva. La estrecha relación que no debe perderse de vista es la que existe entre la soberanía del Estado y la propiedad de la tierra. Este derecho no está escrito en ninguna parte. De hecho, es un mito. El mito de la autoctonía. Nacer en un lugar significaría poseerlo y poder excluir a los otros. En este contexto, el inmigrante que se presenta en la frontera es percibido ante todo como un extranjero peligroso, un enemigo oculto, un invasor salvaje. Acogerlo, no a cogerlo. ¿Cómo determinar los criterios de selección y exclusión? No es casualidad que las cuestiones solo se giran en torno a cómo gobernar los flujos. Así, los ciudadanos están llamados a ser los árbitros indiscutibles, cuya tarea consiste en el excluir o admitir a los llegados en función de las pruebas presentadas, la persecución y las vejaciones para los solicitantes de asilo, la utilidad para los inmigrantes económicos, la voluntad de integración para todos los demás.

Los derechos humanos de los extranjeros quedan suspendidos por la contabilidad administrativa, mientras que todos los privilegios, ventajas e inmunidades de los ciudadanos se mantienen por la fuerza. En el discurso político-mediático, donde a menudo las palabras se vacían de contenido o se doblan para designar lo contrario, política de acogida es la fórmula que designa una gestión policial de los flujos migratorios, un control de las fronteras que llega hasta el rechazo y hasta el internamiento.

¿Alcanzas simplemente invocar la apertura de las fronteras? No. La perspectiva del cosmopolitismo está vacía. No se trata de ser ciudadanos del mundo, se trata más bien de acogida. Quien ha sufrido los abusos de la guerra, quien ha soportado el hambre, la miseria, no pide circular libremente, tampoco pretende unirse a los ciudadanos del mundo, pero espera encontrar una comunidad, espera cohabitar. Otra forma de entender la comunidad es posible si no oponemos el habitar y el migrar; el nativo, el forastero, el residente y el extranjero. Aunque hoy el *ius migrandi* parece aceptado, hay que interrogarse sobre el significado de este derecho en el siglo XXI, que no puede

considerarse solo un derecho de visita como en la época de Kant, de Immanuel Kant. El migrante también debe poder residir, debe poder ser extranjero residente.

Por otra parte, el ciudadano de una comunidad democrática no puede ser considerado autóctono, perspectiva, que está ligada a los conceptos de tierra y nación, de suelo y ascendencia. Es un residente que se distancia de esos mitos y, por tanto, en su cohabitación está vinculado a las otras personas. No es posible seguir concibiendo una comunidad democrática en la que la frontera sea una barrera de inmunidad para proteger el interior y excluir cualquier alteridad fuera.

Lo que cuenta es la inmunidad. Soberano es quien protege del conflicto generalizado ahí afuera. Quien vio, contiene y salvaguarda en el choque entre los ámbitos progresistas de la democratización, donde tienen derecho a vivir los inmunes, y las periferias de la barbarie, donde pueden estar expuestos todos los demás. En esta fabulosa historia no se menciona la violencia policial que la soberanía post-totalitaria está legitimada a ejercer sobre los otros y se descuidan también los peligros que se cierran sobre los inmunes y los presuntamente inmunizados.

El sistema inmunitario que interviene con sus patrullas de policía corre el riesgo de ir demasiado lejos. En un intento por eliminar al otro, el yo termina matándose a sí mismo o exponiéndose a enfermedades autoinmunes. El yo identitario y soberanista no se las estará arreglando bien, entre otras cosas, también, porque asume una integridad que no existe. En su interior tienen lugar continuamente microcolisiones, pequeñas grillas.

La dosis infectiva es indispensable. Para funcionar, los anticuerpos tienen que ponerse en el papel de los extraños sin presumir de orgullosos autóctonos y en ese papel reconocerse como extranjeros residentes. Esto será salvación y salud. La defensa policial tampoco sirve aquí. Muchas gracias.

Conversación temática – Donatella di Cesare

Emilio Méndez

Xenia Rueda Romero

Flavia Tudela Rivadeneyra

Donatella Di Cesare

Xenia Rueda: Muchas gracias por la invitación y sobre todo por el tema tan interesante respecto al futuro y en particular respecto a la democracia y esta inmunización. A mí me parece muy importante y quisiera destacar en nuestro contexto mexicano uno de los grandes problemas que hemos visto recientemente y más en los últimos años es justamente este proceso de migración, no solamente en nuestra frontera norte, sino también en la frontera sur. Y tal como exponía la doctora, creo que es importante comprender este doble efecto que hay sobre la inmunización que se deriva, pues, como ya bien explicaba respecto a este resultado de los propios mecanismos de inclusión y exclusión, de un determinado régimen social y político. En este caso, pues el caso que evidentemente nos describe y narra es el proceso democrático y en particular la democracia liberal. En este sentido, pues más que un comentario y dando un poco el contexto, me gustaría preguntar directamente a la doctora si es posible o si la democracia puede funcionar como una vía capaz de detener el proceso autoinmune en contra de la población, dada estas dos características que nos señalaba hacia el final de su ponencia, y en particular en qué categoría identificamos a estos migrantes ciudadanos como ciudadanos del mundo, esto que se presupone como autóctonos. Y bueno, esa sería mi pregunta, comentario, alrededor de lo que nos acaba de señalar, pero bueno, solo para dar inicio a este conversatorio. Gracias.

Flavia Tudela: A mí me gustaría comentarlo un poquito desde la perspectiva geográfica del territorio. Creo que esta idea de la democracia inmunitaria llega en un momento en el que México se enfrenta a una situación seria en cuestión de migración. Creo que los hechos de la semana recientes, particularmente el incendio en este centro migrante, nos hace ser cada vez más conscientes de cómo se percibe al extranjero como una amenaza, como un peligro, como otro y como una persona desterritorializada sin derechos. Mi pregunta sería más como esta alternativa que tenemos, porque las condiciones a las que nos enfrentamos y particularmente si estamos enfocados al cambio climático, las migraciones van a ser cada vez más frecuentes, más constantes, más intensas. Entonces, un poquito, ¿cómo ve la perspectiva a futuro? ¿Cómo se imagina que se tendría que atender este proceso de inmunización que se hace para generar esta otredad que complica mucho la aceptación y la posibilidad de asentarse en un territorio del cual no se le hace parte? Entonces, por ahí iría mi pregunta.

Emilio Méndez: Como lo decía la doctora Frances Rodríguez, soy del área de teatro, y la observación que hizo la doctora Di Cesare respecto a esta expectación anestesiada de una serie de cuestiones me hacen pensar en cómo las representaciones que consumimos, sean en el teatro, en el cine, en los medios digitales, abonan a esta

anestesia democrática de la que hablaba la doctora Di Cesare que anula la sensibilidad. Y me hace pensar en una obra en el contexto griego en el que nos empezó a situar la doctora, en lo que hemos denominado tradicionalmente el amanecer de la democracia en la Atenas del siglo V a.C, hay una obra que se asume como la primera representación teatral de la democracia, es la tercera obra de la Orestíada de Esquilo, Las Euménides, que por otro lado ha sido señalada también por la crítica feminista como una obra que si por un lado enarbola la visión democrática ateniense, por otro lado es una obra que legitima teatral e históricamente la misoginia, porque es una obra en la que cierra un ciclo en que la muerte de madres e hijas no cuenta, y solo la de los padres y los hijos sí, Orestes, Agamenón, Clitemnestra e Ifigenia. Entonces me quedo pensando en cuáles son las representaciones que han abonado a esta inmunidad, a esta anestesia que nos hace ver de manera normal, ordinaria, el dejar desprovistos de derechos a quienes atraviesan territorios, y eso me despierta una pregunta, ¿qué futuro tiene la democracia inmunitaria ante esta posibilidad que está cada vez más incentivada, más propiciada o fomentada de votar fuera del territorio? ¿Qué nos dice de la democracia inmunitaria esto que hace el Estado de promover que quienes no están en su territorio, en los términos en que los planteó la doctora Cesare, puedan ejercer su derecho al voto?

Frances Rodríguez: Gracias, pues bueno, sí, justamente un país, México, ya lo han comentado mis colegas, con una migración fuerte, una muy fuerte migración que recibimos del sur, de América del Sur, es tránsito, nuestro territorio es tránsito hacia los Estados Unidos, pero además con una población, una cuarta parte de nuestra población en el territorio norteamericano, como bien decía el maestro Méndez, con posibilidad del voto. Doctora Di Cesare, ¿quisiera comentarnos algo sobre estas aportaciones?

Donatella Di Cesare: No, no es tan fácil para mí responder, pero refiriéndome al teatro, me acuerdo de Las suplicantes, creo que se dice suplicantes en español, no estoy segura, y es la, yo creo, la primera obra teatral en la que hay la palabra democracia. Es muy interesante que, en Las suplicantes, son mujeres migrantes que ponen el problema de la democracia, ponen el problema de la comunidad, de la acogida. Entonces, yo creo que ya en la polis griega, al origen de la polis griega, se puede, se puede, ahí está este problema, el problema de una, de una democracia abierta, de una comunidad democrática abierta. Yo creo que esto es el problema de la migración. No conozco y me refiero a las dos otras preguntas, también para mí, tres preguntas muy importantes, yo no conozco la situación en México, conozco la situación aquí en Europa, quiere decir, en Italia, en Alemania, también, claro, en España y en los países

Europeos. El problema es, el problema de una, de una alternativa entre una democracia que se vuelve inmune, inmunitaria, una democracia que respeta solamente los derechos de los ciudadanos que están dentro, que están dentro del estado nacional y no respeta para nada los derechos humanos de los extranjeros, de los migrantes.

Yo creo que el problema es también la figura del migrante. ¿Quién es el migrante hoy? El migrante hoy es el, no solamente el pobre, es también, es también el superfluo, es la superfluidad. Y yo creo que esto es el problema de un mundo que se separa, se divide entre un mundo de estados y un mundo de campos, un mundo de periferias, un mundo donde están los superfluos. Y el problema es, el problema de una democracia no vinculada al Estado y no vinculada sobre todo al *ius soli*, a la propiedad de la Tierra y al mito, a la idea de una integridad nacional. Esos son los dos problemas para mí.

Y yo creo que sí es posible otra idea y para mí por eso es importante, obviamente la tradición filosófico-política, sobre todo italiana, esto de los últimos años, para mí es importante y es una tradición sobre la comunidad, la inmunidad y lo que se entiende como una democracia que es abierta en un sentido que los ciudadanos no son propietarios del territorio nacional, no son propietarios de la Tierra, eso es importante. Quiere decir, hay que pensar en otra manera también el concepto de ciudadanía. ¿Qué quiere decir hoy ciudadanos?

Y el problema es además la oposición entre habitar y migrar. Esos verbos son los verbos más importantes: qué quiere decir hoy habitar, qué quiere decir hoy migrar. Para mí la figura del extranjero residente es una figura que puede ser una solución, que puede prospectar una comunidad abierta.

Xenia Rueda: Bueno, muchas gracias por las respuestas y los comentarios que justamente me hacen reflexionar en torno a qué tipo de democracia tendríamos que considerar o constituir, y sobre todo si es necesaria en la actualidad y, pensando hacia el futuro, ¿es necesaria una democracia? Porque tal parecería que este tipo de democracia inmunitaria, y llevándolo al sentido biológico, pues cuando somos inmunes, pues nos hacemos un poco resistentes a esos virus o bacterias, entonces llevándolo hacia la filosofía política me cuestiono si en la actualidad y hacia el futuro es necesaria una democracia o en qué tipo de democracia estaríamos pensando.

Flavia Tudela: Me gustaría también reflexionar un poquito sobre la necesidad de fortalecer la empatía como parte de la resistencia comunitaria a esta inmunización.

Creo que hasta cierto punto el hecho de que se debata la definición de ciudadanía de forma que no sea excluyente, sino que permita el reconocimiento de los derechos de las personas que a lo mejor solo transitan por nuestro país es una de las principales acciones que podríamos emprender como habitantes, cohabitantes del mismo espacio y ahí el derecho, digamos, los derechos humanos de las personas tendrían que recaer un poco sobre la ciudadanía que Di Cesare presenta como inmunizada. Entonces creo que es una pregunta que nos quedamos en la cabeza, bueno, que me quedo yo en la cabeza, ¿de qué forma se puede hacer una resistencia a esta inmunización en favor de la comunidad?

Emilio Méndez: Solo quisiera enlazar lo que nos acaba de decir la doctora Cesare respecto a la comunidad abierta y a esta invitación a pensar de otra manera sobre el concepto de ciudadanía, el llamado de atención del doctor Ramos Torre respecto a este presente que se encierra sobre sí mismo, en la mesa anterior, en términos de lo propiamente espaciado, lo contiguo, lo superpuesto, lo que está en red, nos decía el doctor Ramos Torre en la conferencia de la mesa anterior, creo que se enlaza con esta invitación de la doctora Cesare a pensar de otra manera el concepto de ciudadanía, sobre todo ante esta, creo yo, muy elocuente contraposición entre el verbo habitar y migrar y estas consideraciones de mis colegas respecto al espacio y los derechos que están imaginativamente anclados o desvinculados de ese espacio.

Donatella Di Cesare: Empiezo con la última. Bueno, para mí la palabra importante es cohabitación. Yo creo que nosotros tenemos la libertad de decidir con quién vivir. Esto tiene para mí un sentido privado; pero no tenemos el derecho de decidir con quién cohabitar. Entonces, yo creo que la palabra del futuro y del futuro de la democracia es cohabitación, cohabitar. En ese sentido yo creo que cohabitación es una manera para pensar una alternativa de pensar a una comunidad, a una democracia inmunitaria. Y en ese sentido yo creo que sí, que quiere decir hoy resistencia, resistencia a esa necesidad de inmunizarse, es la cohabitación. Y también pensar en otra manera la ciudadanía sería muy ahora para mí es muy difícil articular el discurso sobre una otra manera la ciudadanía.

Yo lo he hecho en mi libro "Extranjeros residentes". En ese sentido, el tema de la democracia, ¿necesitamos hoy la democracia?, es una pregunta muy difícil porque tengo una actitud muy crítica en frente de la democracia liberal. Yo creo que hoy vivimos en una época en la cual la política es solamente administración y la democracia puede volverse en una palabra vacía, pero yo creo que democracia, que la democracia, es para nosotros el horizonte del futuro y el problema es más bien qué quiere decir democracia. El demos no es etnos, y esto es ya un tema muy importante. No se puede pensar la democracia en un sentido étnico, y además el problema es la

otra parte de la palabra: kratia. Kratos es la fuerza, la capacidad, la capacidad del pueblo, la capacidad de cambiar. Entonces, para mí resistencia es también esta capacidad de cambiar, esta capacidad de pensar en manera nueva, pero también de practicar la democracia y cambiar. Cambiar quiere decir que hay alternativas a una democracia inmunitaria, que hay alternativas a una democracia étnica, a una democracia vinculada al estado y a la nación.

Clarissa Ríos

Hola a todos y todas. Es un placer estar con ustedes hoy día. Mi presentación va a ser acerca de los riesgos catastróficos y riesgos existenciales. Como yo soy una investigadora que se enfoca en lo que es las políticas públicas, también voy a comenzar a contarles un poquito acerca de qué es lo que hemos estado haciendo en esta área.

Voy a compartir mi pantalla para que podamos empezar la presentación.

Perfecto.

Bueno, yo he estado trabajando por los últimos tres años en la Universidad de Cambridge en un centro que se llama el Centro para los Estudios de Riesgos Existenciales. Y creo que podemos empezar esta presentación con algunas preguntas importantes. Por ejemplo, ¿qué evento ustedes creen que puede llevar al colapso de la humanidad? Les voy a dejar ahí unos segundos para que piensen cuál sería este evento. Y vamos a hablar de algunos ejemplos en un momento.

De repente, para ayudarlos y ayudarlas a pensar un poquito más, déjenme presentarles algunos escenarios futuros que he creado conversando con algunos colegas y colegas de diferentes partes. Imaginemos por unos momentos de que estamos en el 2056 y que la inteligencia artificial y el avance tecnológico pues ha tenido un super boom desde principios del 2023 y ahora ya estamos con una inteligencia artificial general, que es el término que se utiliza cuando una AI con una inteligencia artificial ya ha alcanzado a hacer todas las todas las acciones que un humano podría hacer. Entonces, ya tenemos este AGI, que es su término en inglés, y de repente hubo unos black boxes, que se les llama. Hay unas cajas negras que todavía no se entendieron muy bien y hay unas acciones que está haciendo este AGI que todavía no entendemos que ha llevado a que se nos acabe el recurso del agua en un país, luego una región, y todavía estamos con todos los ingenieros y científicos tratando de ver dónde fue la falla, pero el problema persiste.

Imaginémonos que estamos en el 2039 y ahora estamos en medio de la era del bioterrorismo y se creó un virus en un laboratorio con el solo propósito de iniciar una

guerra biológica. Sigamos más cerca de casa y el 2027 hubo una erupción muy parecida a la que fue en Tonga hace unos años y esta fue de una magnitud tremenda, que es como lo conocemos los supervolcanes, una erupción supervolcánica que hizo que todos los sulfatos llegaran a la atmósfera y de esa manera bloquearan la luz solar, lo que llevó a que muchas áreas destinadas a la agricultura perecieron, animales tampoco podían comer, los humanos comenzaron a migrar y esto continuó por no solamente meses pero años.

Bueno, este tipo de futuros escenarios que pueden sonar un poco locos o algo que de repente lo han visto en la película de ciencia ficción, son algunos de los eventos que los científicos y científicas que han estado trabajando por los últimos años en estos temas categorizan como riesgos catastróficos globales. Son eventos de poca probabilidad pero que tienen alto impacto si es que sucedieran y claro hay alta incertidumbre porque con algunos de ellos no han pasado en la historia de la humanidad, otros sí han pasado antes de que los humanos existieran en este planeta y bueno por eso es que están asignados a tener alta incertidumbre, no sabemos todavía cuándo sería la catástrofe, cuáles serían las maneras de contenerla. Y también estos riesgos catastróficos globales están definidos por la pérdida de más del 10% de la humanidad. Si ustedes piensan acerca de COVID, COVID es terrible y dolorosa que fue la pérdida humana fue del 0.1%, entonces traten de imaginarse lo que sería un 10%.

Ahora, hay otro tipo de eventos que se categorizan como riesgos existenciales. Algunos académicos piensan que hay una clara diferencia entre qué podría ser un riesgo catastrófico global y otros riesgos existenciales. Los riesgos existenciales vendrían a ser un evento que destruye a la humanidad hasta el punto que el número de humanos que quedan no pueden volver a reconstruir la sociedad como la conocemos y terminan muriendo después de unos años. Entonces, en mi caso yo pienso que un riesgo existencial vendría a ser un riesgo catastrófico que no fue prevenido o mitigado de una manera correcta y atenta.

Entonces, como les mencioné, yo he estado trabajando hace tres años y ahora soy una investigadora afiliada al centro de riesgos existenciales en la Universidad de Cambridge y este centro está dedicado a pensar cuáles van a ser los riesgos y cómo podemos manejarlos de una mejor manera. Para eso tienen un equipo muy diverso, hay filósofos, economistas, abogadas, biólogas, moleculares, gente que hace coding, que trabaja en inteligencia artificial, etcétera. Y para dar unos pocos ejemplos de los eventos a los que nos enfocamos en este trabajo, podríamos catalogarlos en riesgos naturales, ya les hablé acerca de las erupciones supervolcánicas, pero también podría ser un colapso de un asteroide. No sé si han visto la película *Don't Look Up*, pero más o menos eso sería como un futuro escenario si eso es que llegara a pasar y no tuvimos la prevención adecuada. Y luego están los riesgos que son llevados a cabo u originados

por la actividad humana. Esto podría ser una guerra nuclear que vendría a ser casi la misma consecuencia que una erupción supervolcánica, porque sería lo mismo, habría lo que se llama el enfriamiento de algunas partes del planeta. Luego está la inteligencia artificial que no está, si es que no se llega a monitorear y ponerla como que en regla, digamos así, poner ética, poner alignment, que es otro de los términos que también se utilizan. Y esta foto es para también mostrarles la pérdida de biodiversidad o las consecuencias extremas del cambio climático. Y bueno, y toda esta parte también está referida a todos los riesgos biológicos. Creación de virus en laboratorio o esta foto es acerca del movimiento hágalo usted mismo en biología, donde ahora los precios de los equipos, de los precios de los reagents, de lo que se utiliza para hacer experimentos en el laboratorio ha bajado tanto que ahora personas que no tienen un grado en biología, química, etcétera, ya pueden hacer estos experimentos en ingeniería genética en casa o en el garaje, como es que los llamamos.

Entonces en el centro tenemos diferentes grupos y como pueden verlo acá, hay unos grupos que se están enfocando en los riesgos biológicos, otros en los riesgos ambientales, otros en los riesgos de inteligencia artificial. Mi trabajo es estar como que con un pie en todos lados y pensar cómo es que podemos pensar acerca de la prevención o mitigación de estos eventos a nivel global y a nivel de gobiernos.

Entonces por eso es lo que yo pongo acá. La pregunta del billón, ¿cómo cree usted que nosotros podemos prevenir este tipo de riesgos? ¿Qué es lo que se necesitaría hacer a tantos niveles y a tantos niveles también para los otros lados para que se llegue a tener una política que pueda prevenir si no es mitigar ese tipo de riesgos? Y claro, de repente ustedes piensan acerca de los riesgos nucleares, las COPs para el cambio climático, pero todavía no estamos ahí, todavía tenemos la amenaza nuclear, todavía tenemos ya los efectos del cambio climático en muchísimas partes del mundo. Entonces la pregunta es, ¿qué es lo que tenemos que hacer diferente para que estos riesgos futuros, digámoslo así, puedan llegar a extender importancia y prioridad en diferentes partes del mundo y en organizaciones internacionales como las Naciones Unidas o la G20 o la OECD, etc.?

Entonces en estos slides quiero contarles un poquito acerca del trabajo que he venido haciendo con las ganas de ayudar en este aspecto. Una de las cosas que hacemos en el centro es por supuesto producción de artículos científicos.

Este artículo aquí es acerca del futuro de la bioingeniería usando un método de perspectiva, creo que es en español, foresight, se llevó a cabo un estudio para pensar cuáles van a ser los temas más importantes en la ingeniería en 5, 10, 15 años.

Este reporte que está acá a la derecha fue un reporte que lo tenemos en español también, si es que van a la website o si me preguntan, les puedo pasar inmediatamente

el link, que es un reporte que muestra cómo podemos trabajar en el área de ciencia, políticas públicas y riesgos globales. En este reporte tenemos no solamente estudios, sino casos donde tienen ejemplos de cuáles son las diferentes rutas para tener impacto en políticas públicas, pero también hay una guía para los científicos y científicas que están interesados en tener un impacto fuera de la universidad, digamos, fuera de los laboratorios y estar trabajando no solamente con políticos, pero con la industria y con la sociedad civil. Y de esa manera también tener un impacto en estos aspectos. Tenemos también cuáles son los temas, cuáles son las habilidades que un científico o científica debería tener, qué los recomendamos hacer e incluso todavía tenemos un check list, o sea una lista donde tú puedes hacer check de las cosas que nosotros recomendamos hacer antes, durante y después de la investigación científica para que tenga un impacto en políticas.

Otro de los trabajos que también he hecho ha sido dar asesoramiento científico a gobiernos. En este caso en el de la izquierda pueden ver una, creo que cinco páginas que hicimos una... acá en el Reino Unido el gobierno muchas veces tiene como que open calls, convocatorias abiertas para que científicos y científicas lleven evidencia al gobierno. En este caso nosotros escribimos cinco páginas acerca de la de este método de pensar hacia el futuro que es el foresight y bueno también pusimos unas recomendaciones que no es necesariamente para solamente el gobierno del Reino Unido, cualquier otro gobierno también puede ir y leerlo y ver si es que es algo que les puede ayudar en las políticas que están cocreando en estos momentos.

Aquí, en la derecha, este es un reporte que hicimos con el grupo de Ciencia 20 que pertenece a la G20 hace unos años y era para desarrollar este reporte que también es en foresight, que ahí en este reporte ustedes pueden ver qué es lo que diferentes gobiernos han estado haciendo en términos de foresight y cuáles son nuestras recomendaciones para que los líderes de la de la G20 tomen en cuenta este tipo de métodos para, también, bueno en nuestro caso pensar acerca del mejor manejo de riesgos futuros o, como lo llamamos nosotros, riesgos catastróficos o riesgos existenciales.

También he trabajado con el Foro Económico Mundial, el World Economic Forum, yo he sido parte del Council de Riesgos Fronterizos y en ese grupo pues también estaba la cabeza de las Naciones Unidas de Ginebra y entre otros académicos, gente de la industria y con ellos hemos desarrollado por ejemplo también unos pequeños escenarios futuros que fueron adaptados dentro del reporte de riesgos globales que el Foro Económico produce cada año. Pueden ir a verlos ahí y también hicimos un capítulo en este reporte que está enfocado en la transformación económica a través de recomendaciones de políticas públicas. Si se van al capítulo 6, ahí pueden ver nuestras recomendaciones en todo lo que es riesgos futuros, que es el término que el Foro

Económico Mundial utiliza, pero donde también hay muchos ejemplos de los riesgos catastróficos y riesgos existenciales.

También por supuesto hemos hecho algunos, hemos construido algunas herramientas, hemos producido algunos artículos o libros que nos permitan no solamente hablar con políticos y académicos y gente de instituciones como las Naciones Unidas, pero también con el público, con el público que también va a ser afectado por supuesto por todo ese tipo de eventos y porque queremos como que acercarlos a este tipo de conversaciones.

Lo que a mí me encantaría es que ustedes esta noche tengan una cena con su familia y se pregunten si han escuchado acerca de los riesgos existenciales, pues hoy día escuché... y comiencen a hablar de estos temas. Eso es lo que yo siento que también es una de las cosas importantes que falta que no está completamente diseminado aún porque es un tema nuevo dentro de la sociedad civil.

Entonces aquí en este slide pueden ver que en el lado izquierdo este es un cómic que hicimos tres páginas donde tenemos cuatro escenarios futuros, dos escenarios donde la tecnología de bioingeniería ha sido usada muy bien y todos estaban como que felices de usar estas herramientas y dos escenarios donde algo salió mal y cómo ha impactado a la sociedad. Este cómic también lo pueden encontrar en la website de CICER y si no lo encuentran avísenme yo lo pongo pronto y también está traducido al español, al italiano, y bueno si alguien más le apetece hacer una traducción encantados y encantadas de poder hacerlo. Y en la derecha este es un libro que hemos coeditado con Martin Rees y otros colegas y es acerca exactamente de la presentación de hoy. Está escrito en un lenguaje asequible para todos, no se necesita tener conocimientos acerca de Inteligencia Artificial o Biología, en lo contrario es un libro que permite que cualquiera pueda entender la magnitud de los eventos de los que estamos estudiando y trabajando con diferentes organizaciones en estos momentos. Creo que el libro va a estar listo en mayo, hemos hecho un acuerdo para que sea de acceso abierto, lo pueden bajar de manera gratuita y espero que encuentre yo pronto también un funding o un budget, alguien que me ayude a traducirlo al español. Si conocen a alguien por favor avísenme, yo feliz de hacer el contacto.

Y, bueno, aquí hay otras cosas que también me parece que son importantes en esta conversación de riesgos existenciales y es que estos estudios, este trabajo se ha hecho mucho en el norte, es muy de Cambridge, de Oxford, del MIT y creo de que falta mucho traer las voces de Latinoamérica, del sur global, de África, del sudeste asiático. Entonces esto es algo en lo que hemos también tratado de mejorar y esto también ha sido a partir de escribir diferentes artículos, lo pueden ver ahí por ejemplo durante el COVID, que podemos hacer para que el impacto en la investigación de los jóvenes

científicos en el sur global sea mejor. Como pueden ver todos los nombres que están acá son del sur global.

También escribimos otro artículo acerca de cuáles son las recomendaciones que hacemos para romper algunas barreras del lenguaje y hay traducciones, en ese artículo de traducciones para el español, el japonés y todo lo demás así que les recomiendo que vayan a verlos.

Y, bueno, finalmente, y espero que este sea como que el último mensaje que de repente puede despertar alguna idea en ustedes, es que el último trabajo que he hecho ha sido construir una interfaz de ciencia y política para pensar acerca de recomendaciones políticas en esta área. Este ha sido un trabajo de dos años, el reporte está aquí, tiene este nombre y ahí he hecho un recuento, digamos así, de cómo lo hice, por qué lo hice, por qué se necesita en este tipo de académicos, académicas y legisladores o gente que trabaja como civil servants, como parte de un gobierno, o que trabaja dentro de las Naciones Unidas, y los hemos puesto juntos para que no solamente uno se entienda con el otro, hay diferentes horarios, hay diferentes, para un científico de repente tienen un año y medio, para una gente que trabaja en el gobierno pues tienen... la próxima semana necesitan tener una decisión, y también las palabras que utilizamos son diferentes, los métodos que tenemos son diferentes, pero creo que lo más importante de ese trabajo de dos años fue crear... lo que nosotros decimos es confianza, uno con el otro, build trust como le dicen en inglés. Y eso es lo que queríamos. ¿Por qué? Porque eso permite de que uno tenga conversaciones francas y abiertas acerca de lo que le preocupa acerca de un tópico, entonces al hacer eso también permite que las ideas de políticas públicas, las rutas de éxito que queremos tener, por ejemplo, para llevar esas políticas públicas hacia el poder, que son las que toman las decisiones, sea una manera más eficiente, sea de una manera más eficiente y transparente.

Y, bueno, otra cosa que también le he dado muy fuerte, como lo estoy haciendo ahora también, es hacer presentaciones en diferentes esferas, por ejemplo, aquí fue con el parlamento en México, hablando de cómo utilizar la evidencia científica para la mejor cooperación de políticas; este ha sido trabajo con la convención de armas biológicas; este trabajo ha sido con las Naciones Unidas, la oficina de desastre y riesgo, que son los que lideran el acuerdo Sendai, que es como todos los países manejan el riesgo y el desastre. Entonces, aquí ha sido bastante interesante este trabajo porque les ayudé a hacer una nueva agenda científica que les permitió poner como prioridad, dentro de las seis prioridades que tienen, tres prioridades están enfocadas en riesgos existenciales, eso es algo que no había pasado nunca en las Naciones Unidas y que también estaba pasando en paralelo en la oficina del secretario general de la ONU, que no se si han escuchado hasta ahora pero están creando la Summit of the Future, el

Foro del Futuro, para el próximo año. Todos los países van a tener que ir y hacer acuerdos de cómo vamos a manejar el futuro. Entonces me alegra muchísimo de que ya por lo menos tengamos este tipo de terminología y conversaciones dentro de la ONU que es una plataforma que nos permite llegar a diferentes gobiernos.

Para terminar, si es que les han interesado el tema, si quieren saber un poco más pueden ir a ver mi artículo en mi página web que son siete pasos para mejorar el trabajo en políticas públicas para riesgos catastróficos y existenciales, y básicamente solamente son siete recomendaciones que desarrollo. Una es hacer enfocarse en relaciones públicas, hacer que mucha gente en diferentes ámbitos entienda qué son estos tipos de eventos y por qué es importante tenerlo como prioridad. Segunda es construir alianzas. Como universidad sola no podemos hacer mucho tenemos, que trabajar con diferentes organizaciones, no solamente... yo sé que yo estoy hablando mucho acerca de cómo hacer la gobernanza global, pero también es importante enfocarse en lo local, porque lo local al final también impacta en lo global y a veces también hay buenas ideas a nivel local que podrían llegar a convertirse como una política global, por eso es que lo pongo ahí. Y, bueno, el número cuatro es pensar cómo podemos hacer el link y cómo hacer relevante este tipo de eventos con algo que los políticos y políticas están lidiando ahora. Si es con inseguridad alimentaria, si es con efectos de cambio climático, si es con, por ejemplo, el foro del futuro... Entonces tenemos que ver dónde podemos linkear estos eventos como algo que ya está trabajando para que no se sienta de que es algo nuevo que se tiene que hacer y se tiene que poner más financiación. No. Esto es algo que ya podría ayudar a mejorar otros aspectos dentro de las políticas, y bueno, dentro de la universidad también. Bueno, como les dije construir interfaces de ciencia política es un paso pero creo que lo que falta ahí es poner también a la industria y la sociedad civil para que entre los cuatro ambientes, entre los cuatro agentes, se puedan de verdad cocrear buenas políticas que puedan ser testeadas después por algunos gobiernos y ver si de verdad pueden ayudar a prevenir o mitigar estos riesgos. Como lo mencioné también, necesitamos más voces del sur global que hagan investigación, que se metan a trabajar con gente en el gobierno, en la industria, y también traigan a coalición el conocimiento que se está produciendo en el sur global acerca de estos temas. Y, bueno, finalmente innovar en comunicación. Tenemos muchísima competencia con la social media, con Instagram, con Tiktok, y creo que el entretenimiento juega un rol muy importante en la gente. Entonces, si es que tenemos que ir más ahí para pensar en cómo traer estos temas y llevarlos más cerca de la vida diaria de la gente, creo que eso también podría ser un proyecto interesante para quien le interese. Nosotros hace poco estuvimos en el festival de ciencia en Cambridge y nos unimos con unos animadores que hacen un trabajo creativo de crear videos y, bueno, en colaboración con ellos pudimos presentar siete diferentes videos que tenían diferentes partes de lo que son los riesgos

existenciales, y cuando la gente en Cambridge fue a verlo pues estaba como “¿qué es esto? A ver, déjame ver”. Es una forma más digerible, creo, de acercarlos a estos temas.

Muchísimas gracias por la invitación y espero que esta sea una puerta para futuras conversaciones y colaboraciones. Les deseo lo mejor para el resto de la presentación y un gusto conocerlos y conocerlas a todos. Gracias.

Daniel Innerarity – Conversación temática

Tengo la impresión de que podéis estar un poco hartos ya de mí, porque he hablado en la presentación, luego tuve una intervención y ahora una tercera. Lo voy a tratar de compensar no haciéndolo más interesante y más ameno, que no sé si está a mi alcance, sino por lo menos hacerlo un poco más breve.

Bien, yo quiero hablar de las crisis, de la sociedad de las crisis. Es un tema que si a alguno le interesa profundizar un poco más, lo trato con más detenimiento en mi último libro llamado “La libertad democrática”. Aquí voy a decir cuatro cosas, cuatro ideas fundamentales.

En primer lugar, ¿de qué tipo de crisis estamos hablando?

En segundo lugar, ¿por qué es tan difícil cambiar la sociedad ante un escenario de crisis de este estilo, crisis varias superpuestas?

En tercer lugar, ¿cuál es la causa que explica esa dificultad en su relación estructural, en su dimensión estructural? ¿Cómo está estructurada la sociedad para que sea tan difícil cambiarla?

Y en último lugar, daré una solución, que dentro de las que hacemos los filósofos, las soluciones no son para echar cohetes, pero pueden servir un poco, que es... ¿por qué, para solucionar una cosa en la sociedad contemporánea en la que estamos, tenemos que solucionar antes todo?

Decía Bruno Latour, el sociólogo francés recientemente fallecido, que ojalá estuviéramos en medio de una crisis, porque realmente lo que tenemos no es una crisis, sino que tenemos ni siquiera varias crisis, no es ni siquiera una sintemia, como se dijo en el momento de la pandemia, no son varias crisis superpuestas, sino, a mi modo de ver, un mundo crítico, estamos en un mundo crítico, no en un mundo que tiene crisis de manera ocasional, sino un mundo que él mismo está configurando, está generando crisis. Clarissa hacía antes la referencia a la película Don't Look Up, que es una película que a mí no me gustó por dos motivos, uno porque hacía parecer a los científicos como a alguien, unos que sabían lo que iba a suceder, y a los políticos como

unos que no hacían caso a los científicos, es una simplificación enorme. Pero el otro motivo por el que no me gustó es porque se ha tratado de un meteorito y la metáfora o la realidad del meteorito no hace justicia a lo que nosotros nos pasa. No tenemos crisis porque venga algo de fuera, sino que tenemos crisis porque nosotros no estamos generando con nuestra conducta, con nuestro comportamiento algo internamente, nos estamos auto amenazando. De hecho, hace poco tiempo hubo un meteorito que amenazó con llegar a la Tierra y los humanos fuimos capaces de desviarlo y disolverlo en el aire. Desviar el curso de un meteorito es un problema relativamente sencillo para la humanidad. Enfrentar una crisis generada por su propia dinámica y por su propia autoorganización, es un asunto que nos está costando muchísimo y que seguramente no vamos a ser capaces de resolver.

Segunda idea, ¿hay que cambiar la sociedad? Yo creo que todos estamos de acuerdo, todos los que estamos aquí. El 99% de los que me escuchan ahora en una encuesta, si nos preguntaran si hay que cambiar la sociedad, diríamos sí. Ahora bien, que hay que cambiar la sociedad no significa que sepamos en qué dirección, de qué modo, si hay que darse prisa, si hay que desacelerar. Aquí empezarán las disputas. Y, por tanto, la... además, esto se une al hecho de que la sociedad que debe cambiar como sujeto activo tiene como sujeto pasivo a la sociedad que debe ser cambiada. Por tanto, aquí hay una enorme paradoja: como una sociedad que ha generado unos riesgos va a ser capaz de resolver esa generación de riesgos. Reconozcamos, esta es una de mis tareas como filósofo, que los problemas son más complejos de los que pudiera entender alguien que pensara que se trata de aplicar una medida así más.

En el caso concreto de la crisis del coronavirus, la cuestión interesante ahora de plantearnos, en estos momentos de nuestra discusión, es si las medidas de protección que se adoptaron en aquel momento (distancia, profilaxis, mascarillas, etc.) fueron suficientes para generar en la sociedad los cambios de tal manera que, si viene otra crisis de ese estilo, esto no nos plantee excesivos problemas. Mi respuesta es que no. Es decir, la excepcionalidad del confinamiento fue útil a efectos de frenar el contagio, pero no modificó sustancialmente las condiciones sociales de la crisis. Y, por tanto, como transformación de la sociedad, ese tipo de concentración de poder que tuvo lugar en medio de la pandemia es absolutamente ineficaz. Cambió muy poco, mucho menos de lo que sería necesario. Y, de hecho, los seres humanos hemos vuelto a las rutinas con, a mi juicio, pocos aprendizajes significativos. Hemos hecho algunos aprendizajes, pero no en la medida y con la rapidez con la que deberíamos haberlos hecho.

En aquel momento, recordaréis que aparecieron muchísimas metáforas bélicas. Se trataba de una guerra, había... aquí era una guerra contra el virus, etc. ¿Por qué se utilizó esta metáfora, que no era realmente muy apropiada, porque un virus no es un

enemigo? Yo creo que el único sentido sano de esa expresión era que entendimos que las garras son los únicos fenómenos en la historia de la humanidad en los cuales se produce toda una simultánea unificación de la sociedad. En una guerra, todas las lógicas se alinean. Los hospitales curan heridos de guerra. Las escuelas hacen propaganda de la identidad nacional. Las empresas se dedican a producir armamento, etc. En la guerra hay una unificación. De hecho, buena parte del nation building del mundo contemporáneo se ha hecho a partir de guerras, guerras que han unificado enormemente.

Bien, desaparecido la amenaza, en sus primeros momentos, enseguida se vuelve a la lógica de la diferenciación. Y entonces empezaron todas las discusiones. Hay que reabrir las escuelas. ¿Qué pasa con la cultura? ¿Ya era hora de que volvieran los derechos después de esta excepcionalidad? ¿Qué hay de lo mío? Bueno, y ese relajo, probablemente, nos predispuso para la ola de contagios de esa segunda ola, tercera ola de contagios del otoño posterior.

Bueno, yo creo que al final cada actor saca consecuencias distintas y cada uno actúa con la lógica que le es propia, como empresario, como educador, como niño, mujer, trabajador, etc. Cada uno volvemos un poco a lo que es nuestra ocupación, nuestra manera de ver el mundo habitual.

Es lógico que las sociedades sean difíciles de cambiar porque se trata de modificar hábitos y el hábito es algo que tiene... es el resultado de prácticas sociales asentadas que llevan muchos años. Y, por tanto, si queremos modificar esa conducta, si queremos que las personas tomen menos el coche, que las personas cuiden la higiene, que consuman de una manera diferente, etc., al final todo eso tiene que hacerse con incentivos y, desde luego, no es una acción que se pueda ordenar. Esto no va de apretar un botón o de apretar una ley, sino que va de que toda la sociedad en su conjunto adquiera hábitos, costumbres, actitudes que hagan que si llega en un momento una crisis de este estilo, no se encuentre mejor preparados. Yo suelo decir que la crisis, por recuperar la terminología de mi amiga Donatella, la crisis la resolvimos con una inmunidad biológica, que fueron las vacunas, pero hay que trabajar en un segundo momento en lo que podríamos llamar una inmunidad social y cultural. Es decir, generando aquellas condiciones sociales y culturales, escuela, producción, consumo, movilidad, digitalización, etc., que complementan la inmunidad biológica y que permitan... lo digo en un sentido diverso al de Donatella, como ya habéis entendido, y que permitirían que una pandemia que vendrá, vendrá no sabemos cuándo, ni cómo, ni de qué manera, ni con qué intensidad, nos encuentre con una preparación mejor y esto sea un asunto relativamente sencillo de resolver.

Bien, el tercer asunto es, de las cuatro ideas que quería transmitir, es que vivimos en una democracia que tiene dificultades para gestionar las crisis, en buena medida

porque fueron diseñadas sus instituciones para un mundo que ya no existe. ¿A qué mundo me refiero? Me refiero al mundo que los sociólogos califican como una sociedad diferenciada, es decir, una sociedad en la que la economía, la política, la sanidad, la educación, la salud, actúan con lógicas diversas y en la cual hay estados soberanos, cada uno de los cuales tiene una razón de ser, que le dificulta la colaboración, etcétera. Bien, esto es un anacronismo para el tipo de mundo que tenemos, una sociedad diferenciada en su interior, diferenciada de esta manera tan radical, y una sociedad de estados nacionales soberanos con dificultad para la cooperación, no pueden abordar bien crisis que generan una solidaridad dramática entre los humanos más allá de fronteras y divisiones, como ocurre en el hecho de estas crisis que tenemos que abordar. Los instrumentos para resolver los problemas sociales que tenemos habitualmente nos han enseñado a dividir el trabajo, la dimisión del trabajo, la parcelación. La sociedad moderna ha conseguido algo fantástico y es que los creadores culturales no tengan que pedir permiso a los agentes religiosos para saber qué es lo que se puede hacer, qué es lo que pueden pintar o recitar o escribir, que la ciencia se preocupe solo por la verdad y no por lo cara que pueda ser ni por la censura moral, que el derecho no se ha instrumentalizado políticamente. Hemos hecho muy bien eso de diferenciar cada una de las esferas. Y, además, el estado-nación consiguió que cada una de estas esferas se desarrollara con una cierta congruencia y mantuviera una relación pacífica entre ellos. Cuando había una provisión de bienes, el estado-nación era capaz de proveer una serie de bienes con un alto nivel, entonces, la jerarquía institucional era respetada y los estados eran reconocidos en su legitimidad. Bien, sobre esta idea se elaboró la idea de la división del trabajo, la división del poder, la fábrica fordista. Es decir, el abordaje de los problemas que el mundo nos plantea sectorialmente, arreglando una cosa tras otra, dividiendo el trabajo, sectorializando, estableciendo quién es competente para hacer qué cosa, etc.

Esto ya no es así. Evidentemente, no vamos a renunciar a la diferenciación y a las ventajas emancipadoras que tiene la diferenciación, por ejemplo, la secularización o el carácter abierto de la economía de mercado o la primacía de la ley. A eso lo vamos a renunciar. Pero actualmente nuestros problemas no proceden de la falta de diferenciación, sino de dificultad de equilibrar estas diferencias. Por tanto, el problema se podría formular hoy así: ¿cómo establecer una coherencia entre todas esas dimensiones que tienen lógicas distintas, sin sacrificar las conquistas de libertad que debemos a su separación? Pero, sabiendo que no podemos contar con una autoridad incontestable capaz de unificarlo todo. ¿De qué manera equilibrar los imperativos ecológicos y de salud pública con la productividad económica, con la importancia de la escolarización, etc.? Esto es un gran problema para el cual no hay un punto de Arquímedes, una autoridad indiscutible, que lo pueda llevar a cabo.

Mi solución, dentro de lo modestas que suelen ser las soluciones de los filósofos, es... Se podría resumir la siguiente frase: Hay que solucionarlo todo para solucionar algo. Es decir, venimos de sociedades que solucionan relativamente bien problemas que atañen a un campo específico. Enseguida las vacunas funcionaron muy bien, la ciencia hizo su trabajo, las organizaciones, la escuela, la empresa se digitalizaron en poco tiempo. Pero, unas sociedades que se encuentran con mayores dificultades cuando el problema tiene una naturaleza que trasciende esa competencia sectorial y que atañe al conjunto de las sociedades. Especialmente cuando el éxito en una esfera de acción implica un problema para otra esfera de acción. Porque había un confinamiento que dañaba el funcionamiento de la economía. Una ciencia cuyo rápido éxito generó desconfianza en cierto sector de la población. Hubo una digitalización muy rápida que amenazó, por ejemplo, a otras formas de comercio más local y no digitalizadas. Hubo una salud epidemiológica que se procuró proteger al máximo, que dañó la salud mental. O, si me permitís, teníamos una familia que no estaba diseñada para que todos sus miembros vivieran tanto tiempo juntos y en otros momentos de diferente relación social. Por tanto, mi conclusión sería esta: tenemos instituciones que resuelven bastante bien problemas aislados, de acuerdo con la lógica de la diferenciación, pero que fracasan sistemáticamente cuando este problema afecta a la totalidad de la sociedad. Es decir, cuando no es un problema, sino que es una crisis.

¿Cómo podríamos resolver este asunto? La solución que se me ocurre en términos generales sería cómo conseguir que cada uno de esos ámbitos que tiene una cortedad de vista, los economistas solo entienden de dinero, los políticos solo de poder, los sanitarios no saben que las cosas cuestan dinero... Cada uno miramos en la lógica de nuestra profesión. ¿Cómo hacer para que haya una cierta convergencia de todas esas esferas de acción? ¿Cómo pensar la compatibilidad de todo y quién se encarga de hacer compatibles todas esas cosas? ¿Cómo conseguir que se introduzca la perspectiva de los otros y de las otras lógicas en la lógica de tu propio sistema, de tu propio estado, de tu propia empresa, de tu propia profesión? Tenemos que desarrollar toda una gramática relativamente nueva de reciprocidad, acuerdo, coordinación, cooperación e integración. Si la verdadera crisis de nuestra sociedad es esta, yo lo creo así, entonces las catástrofes recurrentes son recordatorios de la verdadera naturaleza de nuestra sociedad y, por tanto, recordatorios que nos interpelan a abordar los problemas de otra manera: una manera más anticipatoria, como he dicho en mi intervención anterior, más holística, más transnacional, más colaborativa, más horizontal. Las crisis nos están recordando, concluyo, la necesidad de pensar en una nueva manera de hacer política que sea más receptiva para las formas y medidas que tendrá que adoptar una sociedad que se hace cada vez más imprevisible.

Muchas gracias, esto es todo.

Conversaciones temáticas y pregunta del público – Daniel Innerarity

Moderador

Xenia Rueda Romero

Flavia Tudela Rivadeneyra

Daniel Innerarity

Xenia Rueda: Muchas gracias por la exposición. Me surgen varios interrogantes y varios... diré cuestionamientos, sobre todo, desde el inicio hasta el final, con estos cuatro planteamientos. Y si comprendemos, y como usted lo ha anunciado, que el verdadero problema consiste en que es la sociedad la que se encuentra en esa crisis o esa pluralidad de crisis, se tiene que llevar a cabo en un mundo que es interdependiente, descentralizado, postcolonial, de inteligencia distribuida. Y aquí, quizá, me refiero o pienso a los grupos minoritariamente... o grupos minoritarios, sistemáticamente excluidos en el proceso de producción de conocimientos, como las mujeres o como los pueblos originarios. Y dado que no se puede resolver desde decisiones políticas, mi pregunta sería si consideraría que... ¿si pretendemos ese cambio en la sociedad, podría ser a través de valores que imperen en la sociedad?

Y aquí no solamente pienso en los valores, en estos principios axiológicos imperantes en las sociedades, sino en la inclusión y en la integración de otros saberes, de otros conocimientos, que evidentemente no solamente se reste a la ciencia y la tecnología, no como una visión hegemónica o unívoca, sino dar paso también a una pluralidad epistémica y el reconocimiento de las y los otros. No sé si justamente estas crisis podrían resolverse en estos dos ámbitos, desde esa inclusión o este principio de no exclusión de otros grupos que producen también conocimiento, no en el marco de la ciencia, la tecnología y la innovación, sino justamente desde otros marcos distintos. Y tal pensaba y usted lo compartía con el proceso de una vacuna contra COVID-19 y que prácticamente lo vemos centralizado, sí hay íter y transdisciplina, pero hay algunos y de acuerdo con informes de la CEPAL, hay pueblos originarios que por lo menos en México tardaron muchísimo tiempo en llegar las vacunas. Entonces, encontraron otros procesos para mitigar no solamente las muertes, sino los contagios que podían orillar a la muerte. Entonces, ¿estos principios que usted menciona de reciprocidad también se incluirían a otras comunidades epistémicas que no sean solamente las que provienen de la ciencia y la tecnología?

Flavia Tudela: Nada más es una consideración que me dejó dando vueltas, la frase de “hay que resolverlo todo para poder atender parte”. En el contexto que nos deja la doctora Clarissa Ríos, de los riesgos extremos, el cambio climático hasta cierto punto se plantea como a lo mejor una transformación entera de nuestras formas de vida. Sin embargo, coincido con usted en la visión de, por ejemplo, la película de No Miras Hacia Arriba, en donde se hace el paralelismo con un meteorito en términos de no querer la reticencia al cambio. Y ahí es donde me gustaría hacerle esta reflexión y ver qué me sugiere. Una de las cosas muy difíciles que tengo, muchas veces presento el tema de cambio climático en clase, es que los alumnos dicen, bueno, y si en diez años tenemos una... bueno, el desarrollo de la ciencia se ha incrementado exponencialmente, ¿por qué no hay un cambio en las maneras en las que nos vinculamos? Reconocemos que no es en este camino que llevamos donde vamos a encontrar las soluciones a esta gran crisis, pero si estamos viendo que se incrementa, digamos, se continúa incrementando la concentración de gastos en efecto invernadero, ¿por qué no actuamos? Y en ese sentido creo que gran parte de la respuesta podría estar vinculada con esto que usted menciona de la totalidad. La interdisciplina, como la dificultad para hacer frente a un problema tan complejo como es el cambio climático, y la dificultad para realmente atenderla desde diferentes perspectivas. En ese sentido, esta sectorización es natural a nuestra forma de pensar, pero de qué forma podríamos empezar a hacerlo más integral. No es, digamos, un camino conocido. El nivel de incertidumbre que tenemos frente es muy alto. El hecho de siquiera pensar en estos riesgos, estos riesgos existenciales, pues nos complican mucho la visión. Pero, ¿cómo lo podríamos ir atendiendo?

Moderador: Agregaremos una pregunta más, del público. ¿Cuál debería ser el papel de instituciones internacionales como la ONU o proyectos de futuro como Agenda 2030?

Daniel Innerarity: Me siento ante la mesa del despacho de la gestión del mundo entero y lo tengo que arreglar todo cayendo en mi propia trampa. Pero, bueno, haré lo que pueda a estas horas ya de la tarde y noche en mi caso.

A la primera pregunta... Durante la pandemia y en otro tipo de crisis, también en la crisis económica y en la crisis climática, se ha planteado recurrentemente la aptitud o inaptitud de la democracia para resolver ese tipo de crisis. Y ha habido muchos que han dicho que un fascismo ecológico, hay libros que dicen así, resolvería esta cuestión, en lugar de recurrir al debate y a la discusión, etc. Bueno, en parte también así se resolvió la crisis económica. La crisis económica del 2008-2010 se resolvió haciendo retroceder en aquellos países declarados culpables, sobre todo los del sur de Europa,

que la democracia ahí no valía y por tanto había que imponer austeridad, etc. Bueno, frente a esta manera de pensar, yo he defendido y sigo defendiendo que la democracia con todas sus intercepciones es un sistema que no solo mejor desde el punto de vista de los valores, sino también más inteligente. ¿Por qué es más inteligente? Porque en una democracia hay un valor epistémico que es la enorme potencia que tiene el hecho de aceptar que somos una pluralidad de actores con diversas perspectivas sobre la realidad y que poniendo en juego esa diversidad de perspectivas damos lugar a decisiones más racionales que si estuviéramos gobernados por un personaje autoritario, aunque ese personaje autoritario le supusiéramos una gran inteligencia. Spinoza, uno de los fundadores de la democracia contemporánea, decía que las democracias eran mejores porque... da una definición muy minimalista de la democracia, que yo la he defendido siempre, que es que en la democracia la persistencia en el error es más difícil que en un sistema autoritario. Tenemos instituciones, procedimientos para que, si hay un error, se pueda rectificar. Los gobiernos duran un plazo limitado, no se pueden reelegir, hay instituciones que median, que establecen una cierta limitación de mandatos y de otras cosas. Y, por tanto, creo que aquí hay un pluralismo epistémico que no solamente es algo que hay que respetar como valor, sino que es algo que hay que respetar si queremos seguir siendo sociedad inteligente. Respetar la variedad.

Y en esto no lo digo fuera de la ciencia y de la tecnología. No estoy queriendo decir la ciencia y la tecnología, si he entendido bien la primera pregunta que me hacían, que la ciencia y la tecnología tienen unos valores y fuera de la ciencia y la tecnología también para hacer muchas cosas. Pero es que la ciencia y la tecnología que tenemos tienen poco pluralismo. En los actuales estudios sobre inteligencia artificial hemos comprobado, dramáticamente, que hay muy poca pluralidad, muy poca variedad. Quienes hacen los dispositivos, los bases de datos con los que se alimentan los algoritmos, las recomendaciones de información, etcétera, no tienen suficiente variedad epistemológica. Por tanto, parte de que fuera de la ciencia y la tecnología hegemónica, se pueden pensar en otras formas de acción, dentro incluso de la ciencia y la tecnología tal y como están constituidas hoy en día, hay que profundizar en lo que, yo lo llamo, hay que hacer un parlamento de los algoritmos. Pluralizar la ciencia y la tecnología.

Y respecto a la segunda pregunta, hay que tener en cuenta que... vivía en Alemania cuando la crisis de Chernóbil y a mí me impactó mucho; era un postdoctorando que tenía una beca en la Universidad de Múnich y recuerdo muy bien el impacto que produjo el que llegara la nube radioactiva desde la actual Ucrania a Múnich y no tuviéramos más, durante una temporada, verduras, frutas, legumbres, etcétera, no se podía vender. El impacto fue entender en aquel momento que la contaminación viaja, la contaminación no respeta fronteras, esto conecta con lo que nos decía también

Donatella Di Cesare esta tarde. ¿Cómo gestionamos un mundo en el que no tiene sentido prohibir el cambio climático en México, por ejemplo? Sería ridículo. Sería ridículo que un gobernante lo prohibiera, pero hay ciertas cosas, con ciertos asuntos actuamos como si esa lógica nacional siguiera funcional. El hecho cierto es que cuando hay una cumbre climática, enseguida comparece la complejidad del asunto. La dificultad de ir a un acuerdo climático satisfactorio, que avance, que no sea siempre tan decepcionante como ocurrió en Edimburgo, pero como había ocurrido antes en París y en otros sitios, tiene que ver con el hecho de que hay un montón de actores, con un montón de intereses, con unas trayectorias, con unas historias, ¿cómo vamos a poner ante una respuesta había semejante a Europa o a África, o a China? Teniendo en cuenta que el historial de contaminación que tenemos los europeos no es el mismo que el que tienen los africanos y por tanto los africanos pueden decir “dejadnos contaminar por lo menos un poco para llegar a vuestro nivel de desarrollo”. El nivel de tecnología, hay que tener en cuenta que el nivel de tecnología es un universo y en Europa la reducción de emisiones y el tránsito hacia otro tipo de economía menos contaminante, siendo muy difícil, es mucho más fácil porque hay tecnología y por eso se dice, dicen los expertos, supongo que Cristina Monge hablará de esto dentro de un par de días, dicen los expertos que hay que ir a una transferencia de tecnología. Y, al final de cuentas, un acuerdo climático eficaz será un acuerdo que tome en consideración, con criterio de justicia y de responsabilidad diversa, todas las trayectorias de todos los grupos que intervienen, que son estados pero que también son sociedades civiles, organizaciones, representantes políticos empresas, etcétera.

Respecto de las instituciones internacionales o globales y el futuro, me parece que tienen un papel fundamental. Yo suelo definir de manera coloquial a la Unión Europea como la guardiana del largo plazo. En Europa, lo que conozco un poco mejor, en Europa los estados nacionales tienden a continuar con sus agendas localistas porque además se deben a sus electores que tienen unas preferencias también formuladas en el corto plazo, y Europa de alguna manera nos marca una dirección, precisamente porque no es tan democrática en el sentido electoral, y por tanto no está en la batalla parroquial de cada uno de los estados, es capaz de marcar a veces unas líneas, a veces incluso un poco antiintuitivas y antidemagógicas, como en este caso por ejemplo para resolver la crisis de la pandemia que ha trazado para los estados miembros una transformación digital, una transformación ecológica, una transformación en la cohesión de la sociedad y una transformación en la igualdad. Bueno, son líneas que marcan y que impiden... esta mañana o esta tarde hablaban en mi primera intervención de los commitment devices, los dispositivos de compromiso, Europa tiene un montón de dispositivos de compromiso que obliga a los estados miembros a mantener, tenemos un caso ahora mismo muy de actualidad en España, la reserva de Doñana se está secando y el gobierno regional de Andalucía está haciendo algo que a

mi juicio y a la juicio de la comisión europea, sobre todo, que es lo importante, es de una enorme responsabilidad, concediendo unos permisos de riego, etc. El presidente del gobierno Andaluz está vinculado a ciertos intereses de tipo electoral inmediato y la comisión europea ve esto de una perspectiva más amplia y desesperada de alguien que no le va a elegir. Decía un ministro de un país europeo que no quisiera mencionar, que muchas cosas que en ese país había que hacer, las habían hecho pidiéndole a Bruselas que se las impusiera. Hay un juego aquí. Bueno, termino, la agenda de los ODS que Naciones Unidas ha propuesto como un horizonte para todo el mundo, tiene precisamente esa naturaleza: la idea, en el fondo, los ODS pueden ser entendidos como una protección del futuro. Si fuéramos capaces con esos ODS de avanzar en políticas coherentes con ellos, tendríamos un futuro menos amenazado que es el tema que nos convoca en este congreso de lo que lo tenemos actualmente.